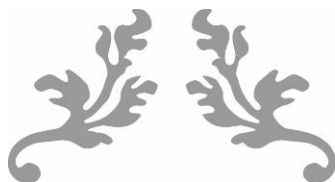


MAGENTA PERALES



MUÑECA  
*de Trapo*

JOVEN VIRGEN TOTALMENTE ENTREGADA  
A SU NUEVO AMO



---

# MUÑECA DE TRAPO

---

*Joven Virgen Totalmente Entregada a su Nuevo Amo*



Por **Magenta Perales**

© Magenta Perales 2019.

*Todos los derechos reservados.*

Publicado en España por Magenta Perales.

Primera Edición.

*Dedicado a Rae, Giulia, Kristina y Aurea*

## I

—Es importante que todos tengan claro que hay que establecer un método útil y práctico al momento de hacer las evaluaciones. ¿Por qué? Porque eso evitará que caigamos en errores y tendremos tiempo suficiente para enfocarnos en la estructura del contenido y de los recursos que implementarán. Tengan eso presente.

El sonido de los lápices sobre la hoja, así como el de los dedos sobre pantallas, era lo único que se escuchaba en el auditorio. El profesor se paseó por su espacio lo suficiente como para dar tiempo para que los estudiantes pudieran hacer las anotaciones que querían.

—Ahora, bien. ¿Qué métodos de evaluación podemos emplear? Pues, muchachos, eso dependerá del grupo que tengan. Es por eso que tenemos que hacer valer nuestras habilidades de observación. Desde el primer día, identificar de inmediato qué podemos aplicar para tener el éxito que deseamos lograr. ¿Vale?

Justo después de terminar, el profesor miró la hora en la pantalla del ordenador y alzó la mirada.

—Bueno, ya es hora de salir. Antes, les comino que lean el capítulo que les indiqué temprano. Será material de examen. ¡Nos vemos en la próxima clase!

Todos se levantaron a la vez, menos esa chica que estaba sentada un poco lejos del resto. Seguía escribiendo lo que su memoria retuvo para no perder las ideas que había captado anteriormente.

Siguió concentrada al punto en que perdió la sensación del tiempo. Tenía que irse pronto porque, de lo contrario, perdería la oportunidad de tomar un poco de café con calma.

Se levantó en cuanto terminó de guardar sus cosas y fue hacia la salida. Tenía en mente las cosas que tenía que repasar, los exámenes que tendría que presentar en las próximas semanas. Tenía muchas cosas que hacer y tenía que organizarse. Tenía la esperanza de que las cosas salieran bien.

Caminó por los pasillos repletos de personas que iban y venían. Conversaban de las clases, de las fiestas, de los novios y de esos amores de

cafetín. En fin, de cualquier cosa.

Julia llegó a la caja para pagar por un café bien cargado, ese mismo que tenía costumbre de tomar cuando tenía demasiado sueño como para concentrarse al menos con eficiencia.

Esperó un rato y comenzó a ver a la gente que se encontraba a su alrededor. Gente como ella, chicos que estaban interesados en pasar las materias sin mayores problemas.

—¿En qué te puedo ayudar? —Le dijo la chica de la caja apenas la vio.

—Un café negro regular... Bien cargado, por favor.

Ella sacó el monedero y dispuso de unas cuantas monedas para pagar con rapidez. Unos minutos más y ya el café estuvo listo. Ahora, a sentarse.

El día estaba particularmente bonito. El sol brillaba y el cielo estaba despejado, lo que aquello representaba de por sí algo muy agradable ya que esa ciudad era siempre gris, húmeda y fría.

El humo del café abrazó casi por completo el rostro de Julia quien sonrió apenas al percibir el aroma. Sopló un poco con delicadeza y tomó un sorbo. En ese momento recordó que tenía un trozo de pastel que le había regalado su madre esa mañana. Sería el perfecto complemento.

Ella, en lo personal, encontraba terapéutico el momento en donde podía tomarse un momento de calma en medio de todo el caos de siempre. Incluso, pensó en sacar el libro que tenía en el bolso, ese que siempre tenía a la mano puesto que ella era una lectora empedernida.

Mordió un poco de pastel mientras seguía mirando por ese enorme ventanal. Se quedó ensimismada con el exterior hasta que se topó con el reflejo de su propia imagen.

Era delgada, de hecho, muchos podrían definirla como flaca. Tenía el cabello corto a la altura de los hombros, de ondas suaves y de un color castaño claro. Tenía los ojos grandes y de color café, la nariz pequeña, labios finos y pecas alrededor del rostro.

A pesar de tener aspecto un poco enjuto, se sentía orgullosa de su cintura marcada y de las caderas anchas que le daban forma de reloj de arena. Tenía lo suyo y eso se sentía bien. Al menos no se sentía acomplejada como sucedió por muchos años durante su época escolar.

Miró hacia al frente y se dio cuenta que un chico del primer curso no dejaba de mirarla. Parecía insistente y eso le pareció tierno y también un poco incómodo.

Al terminar, dejó el vaso de cartón y comenzó a caminar en dirección

hacia la salida. Lo cierto fue que no tenía demasiado interés en intercambiar palabras con nadie, sólo quería terminar con ese día porque tenía algo urgente que hacer.

El día transcurrió con rapidez y se preparó para tomar el autobús. Tuvo suerte de encontrarse con ese atardecer de colores intensos. Sonrió para sí misma y tomó el último puesto como solía hacer puesto que el camino a casa era largo y un poco pesado.

Después de pasado un tiempo, Julia por fin pudo llegar a su casa. Se bajó en una parada que tenía cerca y caminó calle arriba. Como de costumbre, se encontró con varios niños que andaban por allí, corriendo, con unos cuantos coches aparcados y con unas cuantas personas que habían salido para pasear a sus perros.

Ella caminó un poco más hasta que decidió que iría a la tienda de abarrotes para comprar algo para tomar y picar. Nada muy importante o copioso.

Salió de inmediato y se dirigió hacia el edificio en donde vivía. Uno de aspecto viejo y antiguo. De paredes que en su momento fueron blancas pero que debido al paso del tiempo, se tornaron de un color grisáceo y sombrío.

Sacó las llaves y las introdujo en la cerradura principal. Entró y subió dos pisos, a pesar que había ascensor. A pesar de ello, prefería hacerlo porque los lugares pequeños le causaban un poco de incomodidad.

Volvió a usar las llaves para entrar al piso. Un aroma a canela y azúcar la recibió y en seguida supo que se trataban de las galletas que solía hacer su madre para vender.

—¡Hola, mamá! Ya llegué.

Dejó las llaves en un pequeño bol de cerámica que había hecho de chica y que su madre aún guardaba con mucho cariño. Volvió a mirarse en el espejo y de repente se le despertó la necesidad de ir a su habitación. Esa urgencia de que tenía algo que hacer con premura no la dejaba en paz.

Sin embargo, su camino fue bloqueado por su madre quien fue hacia ella para saludarla.

—¡Hija! Qué bueno que viniste. Justo iba de salida pero estaba preocupada porque no sabía cuándo ibas a llegar. En fin, ya estoy lista para salir a la tienda para vender los dulces que preparé. Nos vemos más tarde, ¿vale?

—Sí, mamá. Está bien.

Se despidieron con un beso y Julia esperó hasta que su madre cerrara la

puerta para asegurarse de que por fin estaba sola. Cuando pasó, respiró de puro alivio y gusto. Le gustaba mucho la privacidad.

Fue hasta su habitación y procedió a quitarse la ropa poco a poco. Fue quedándose desnuda en la oscuridad de ese lugar. Respiró profundo porque aquello representaba un ritual que practicaba con cuidado. Tener tiempo para sí misma era lo más importante del mundo y nada más.

Encendió la computadora y esperó unos segundos mientras lucía su desnudez en el espejo que estaba cerca de allí. Observó los huesos de las caderas y la piel clara y tersa.

Finamente, la pantalla de inicio se presentó ante ella. La gran foto de un paisaje europeo le hizo suspirar. Recordó en esa fantasía que tenía de recorrer las calles de ese continente y perderse allí, quizás para siempre.

El hecho fue que dejó de soñar despierta para concentrarse en lo importante, en algo que podía resolver de inmediato.

Si bien Julia pasó gran parte del tiempo pensando en sus quehaceres y demás estudios, sólo tenía en mente esas ganas de tocarse con desenfreno, de dar rienda suelta a la lujuria que tenía dentro de sí. No podía más porque tenía la sensación que aquello la sobrepasaba.

Se inclinó ligeramente hacia el computador y comenzó a buscar el video que había guardado con tanto celo en cuanto lo encontró. Lo descargó el día anterior para verlo después con más calma.

Hizo doble clic para que la pantalla quedara grande y le bajó un poco el volumen porque, a pesar de encontrarse sola, le daba más seguridad el tener las cosas controladas hasta lo más mínimo. Presionó *play* y se apresuró a acostarse en cama, abrir las piernas y esperar el torrente de excitación que saldría de su coño.

Se mordió los labios cuando vio a un tío alto, fuerte, con el pecho descubierto y con una máscara, acercarse a una chica que sólo estaba vestida con una bata delicada de seda.

El hombre se acercó lo suficiente como para respirarle un poco en el cuello y luego a dirigirle una mirada fija. Esos segundos de preámbulo fueron suficientes como para desencadenar una serie de acciones que hicieron que Julia fantaseara aún más.

El tipo arrancó el vestido con sus manos, la fuerza que imprimió fue tal, que la chica pareció no esperarse ese momento en lo absoluto. De resto, se quedó helada y muy quieta. Incapaz de rechazar las maneras de ese hombre.

Gracias a ello, su desnudez quedó inmediatamente evidenciada. Sus

pechos redondos y pequeños, los pezones erectos y de color oscuro, el relieve de ese torso perfecto, el pequeño ombligo y las piernas largas y torneadas. Por supuesto, su coño quedó a merced de ese desconocido enmascarado que tenía fuego en la mirada.

Luego, la tomó por el cabello, con fuerza, y la llevó hacia una estructura de madera que ya estaba dispuesta allí. Julia sintió curiosidad por lo que estaba viendo, pero guardó ese extraño objeto en forma de equis.

Él le ató las muñecas y también los tobillos. La chica estaba en silencio, sumisa y a la espera de las órdenes de ese hombre que también se encontraba callado. Julia pareció sentir intensamente la atmósfera de ese video como si ella estuviera allí.

De inmediato, sintió la humedad recorriéndole por el coño. Las gotas de flujo que se esparcían entre sus labios y el ese palpito que no paraba. Estaba desesperada y fue allí cuando tomó un par de dedos y comenzó a acariciarse el clítoris y los labios.

Apenas sintió el contacto de su propia piel, los vellos se les pusieron de punta. Inmediatamente se retorció sobre las sábanas y abrió la boca para dejar salir algunos cuantos gemidos que retumbaron la habitación.

Cerró un poco los ojos pero no demasiado porque no quería perder el momento que tanto había esperado. Ese instante en donde él se preparó para tomar un látigo, luego de acariciarle la espalda con sus dedos.

La mujer comenzó a respirar aceleradamente. Para ella fue bastante claro lo que pasaría a continuación. Sin embargo, pareció mantenerse en la expectativa porque el BDSM era así, más cuando se trataba de una relación en donde ya había tiempo de por medio, por lo que las sorpresas y momentos inesperados podían manifestarse en cualquier momento.

El Dominante, tomó la posición correspondiente y jugó un poco con las lenguas de cuero sobre el cuerpo de la chica. A pesar de encontrarse de perfil, se podía ver que sonreía con perversión. Eran las ganas de atravesar la piel, de hacer de todo en poco tiempo.

Luego de aquello, el hombre estiró la mano y comenzó una serie de impactos, uno tras otro, con una secuencia sorprendente. La chica, quien estaba de espaldas e inmovilizada, sólo podía quejarse del dolor y también gemir de placer.

Poco a poco, las marcas en esa piel suave y delicada comenzaron a aparecer lentamente. Se veían bellas, sobre todo por la presencia de los tonos y por el contraste que se presentaban entre sí. Era como presenciar la



elaboración de una obra maestra.

Mientras, Julia no paraba de tocarse ni de sentir que la excitación la consumía cada vez más. Estaba a punto de explotar, se dejó su cuerpo sobre esa cama. Era increíble la mezcla de dolor y placer producido por ella misma.

Siguió tocándose con fervor, tanto, que perdió la noción del tiempo. Olvidó por completo que estaba viendo ese video, los azotes, la tortura. Todo lo olvidó porque estaba sintiendo demasiado y no quiso pensar en nada más.

Se imaginó que era ella la persona la que estaba siendo objeto de las torturas, que el enmascarado se paseaba alrededor de ella, jugando con su piel, abriéndosela en jirones para convertirla en pequeñas partículas de átomos en el aire. Era ella quien estaba perdida en la mirada de ese hombre que la unía y rompía cada vez.

Se pensó en cuatro, sumisa y empapada, mostrándole el culo y la abertura de su coño. Lista para él en cualquier momento. Se mordió la boca y se rompió un poco. No le importó porque continuó con el mismo plan. El estar para él sin importar todo lo demás.

Un poco más, sólo un poco más hasta que sintió eso mismo que tanto le gustaba. Ese calor que la comió por dentro y que abrazó en resto de sus sentidos. Aflojó entonces los pies pero siguió las caricias en el clítoris. Siguió hasta que expulsó un chorro de fluidos que terminó por empapar sus manos y parte de la sábana en donde dormía. De fondo, sólo se escuchaban el sonido de los jadeos de la chica que había recibido todo el castigo pero que en ese momento estaba disfrutando de los besos de su Dominante.

Se terminó el video y una Julia estaba sobre la cama mirando el techo, mientras estaba dejando que su cuerpo se relajara por completo. Mantuvo los ojos abiertos por un rato y luego sintió hambre. Así que se levantó con cierta pereza porque luego de una sesión tan intensa, sólo buscaba descansar y hasta dormir.

Tomó una toalla que no estaba demasiado lejos y se fue hacia el baño que estaba al otro lado del pasillo. Caminó desnuda una corta distancia y encendió la luz para mirarse un poco más. Lo cierto era que Julia disfrutaba de su desnudez.

Giró las llaves de agua y se metió en la ducha aún con esa sonrisa amplia de felicidad plena. Estaba así porque tuvo un buen orgasmo y la verdad no se podía quejar.

Mientras enjabonaba su cuerpo, no dejaba de pensar en lo dual que era su personalidad. En un primer momento, la gente pensaba que se trataba de una

chica tranquila y hasta tímida. Pero ella tenía un matiz muy contrastante a esa imagen.

Por dentro, era una fanática del BDSM, una persona que soñaba con cadenas, cuerdas, humillación, pinzas y cuero. Por supuesto, el señalar aquello podría representar un escándalo para cualquiera, ya que se trataba de un gusto muy particular y mal visto. Eso, por cierto, era lo que más le gustaba.

Salió de la ducha y se comenzó a secar con calma. Adoraba los minutos en donde podía dedicárselos a sí misma, sin tener la prisa detrás de ella. Al terminar, enrolló su cuerpo con la toalla y se miró en el espejo para peinarse con cuidado. Un peine de madera acariciaba las hebras como si este estuviera hecho sólo para no hacerle daño.

Terminó y fue de nuevo a su habitación para vestirse y luego leer uno de sus blogs favoritos sobre el tema. Un par de jeans rotos y una camiseta vieja de la NASA.

Fue hacia la cocina y abrió la nevera para encontrar un bol de arroz con mariscos del día anterior, unas botellas de Coca-Cola, pan, jamón, queso... Tomó lo primero que vio, es decir, ese mismo bol porque no tenía demasiados ánimos para cocinar. También sacó algo de beber y buscó una cuchara para enterrarla en el arroz e irse a su habitación. Estaba a gusto porque el día estaba aún despejado pero hacía una brisa fresca y agradable.

Se introdujo en la guarida y se sentó en la silla de su escritorio. Cerró la pestaña del video y se dispuso a abrir una página en el buscador. Paralelamente, se introdujo una cucharada repleta de arroz con pulpo y comenzó a masticar mientras tenía la expresión de concentración en lo que tenía en frente.

Por fin dio con el blog de la sumisa que solía leer con cierta frecuencia. Lo que más le gustaba era que esa chica hacía actualizaciones constantemente, así que prácticamente era como leer un diario público todos los días.

Se reclinó un poco y buscó lo menos reciente para comenzar. Por la ojeada que hizo, se dio cuenta que tenía suficiente material para pasar el rato.

*“Esta vez vengo a contaros sobre una situación que me resultó flipante pero también intimidante. Mi Amo, mi Señor, me inscribió en una subasta de esclavas. Cuando me lo dijo, no lo podía creer, sobre todo porque él suele ser muy celoso conmigo. Pero bien, como le juré la más profunda de todas las lealtades, accedí porque confío plenamente en su accionar. Esperé dos días y, en el ínterin, me preparé lo mejor posible, mental como físicamente.*

*Ingerí comidas ligeras e hice meditación para conectarme conmigo*

*misma. Sabía que sería un evento desafiante, así que tenía que tener las mejores energías para hacerlo. Mi Amo me dio una especie de vestido de tela cruda. Me dijo que tenía que usar eso y más nada. Cuando lo vi, me pareció diminuto, pero luego le encontré el sentido. Era necesario para que los compradores se dieran cuenta del “potencial” que tendría cada sumiso. Me pregunté si sería lo mismo para los chicos.*

*El hecho fue que hice un enorme esfuerzo por no demostrar mi nerviosismo. Con él había vivido los momentos más extremos y este, aparentemente, no lo era tanto. Me puse el vestido y me dejé el cabello suelto, peinado de lado. No usé maquillaje ni zapatos vistosos. Sólo unas zapatillas que me quitaría después. Salimos juntos, sin hablarnos mucho, sin tocarnos como solíamos hacer. Eso sí fue lo más sorprendente para mí...”*

Julia estaba leyendo mientras se devoraba el plato de arroz. Cada tanto, bebía unos cuantos sorbos de gaseosa para luego seguir. Su mente iba a mil por hora, no podía creer que alguien fuera expuesto a algo así... Tan extremo, tan radical y excitante.

*“Estuvimos en el coche durante un rato. Tuve ganas de preguntarle qué sucedía pero con el tiempo, he aprendido a leer a mi Amo. Sé cuándo quiere hablar y cuándo no. Lo cierto es que preferí el silencio para respetar el aura que había en ese momento. Para respetarlo a él que tendría su proceso individual.*

*El hecho es que llegamos a una enorme casa, casi tan grande como una mansión. Él aparcó y yo esperé sentada hasta que me abrió la puerta para que saliera. Luego, nos dirigimos juntos a la puerta y esperamos. Poco después, alguien nos abrió y estábamos finalmente en ese lugar: el Colegio Blanco...”*

Julia consumía las palabras a toda velocidad. Ese nombre, el “Colegio Blanco”, ¿a qué se refería? ¿Qué indicaba ello? Estaba segura de que se trataba de un lugar en donde cualquier perversión y fantasía se hacía realidad.

Ella se acomodó en la silla luego de devorar lo último que quedaba de arroz que decidió pasar con un poco de gaseosa.

*“Lo primero que encontré fue un grupo de gente vestida de blanco. En todos tamaños y formas. Esto me sorprendió de nuevo porque en el BDSM siempre había visto que el negro era el color más representativo de todo y todos. Pero esta vez, fue diferente —y por supuesto que me encantó-. Mi Amo, poco después, se acercó a mí para comentarme cómo serían las reglas de juego.*

*En pocas palabras, me comentó que tenía que asistir al llamado de los sumisos y colocarme en un base alta en frente a un grupo de personas. El moderador, un hombre alto y bastante delgado, diría mis condiciones, para proponer una cifra y así comenzar la puja. Tengo que confesar que tenía demasiado miedo. Sí, he vivido cosas impresionantes, que casi nadie aceptaría, pero eso era nuevo para mí.*

*Créanme que no es cuestión de cobardía. Me quedé procesando todo aquello hasta que escuché el llamado. Noté al grupo de chicos y chicas que estaban vestidos como yo: de esa prenda cruda y corta que servía para asomar los atributos que teníamos. Subimos a esa plataforma y nos quedamos allí, mirando hacia el frente. Mi Amo estaba en el fondo, con el rostro severo y yo sin saber muy bien por qué.*

*Tuve la sensación de que quería medir mi grado de fidelidad hacia él. Después de hablar, uno por uno pasamos por el ojo clínico de ese público expectante. Las cartillas con los números se alzaban por los aires mientras que los sumisos bajaban por una parte lateral hasta encontrarse con sus nuevos dueños. Yo fue la última, para variar. Cuando me tocó, sentí que todo el silencio del mundo me cayó sobre los hombros.*

*Tenía miedo y el corazón me latía con fuerza. No sabía qué hacer. Entonces, fue en ese momento en que empezó la puja. Hombres y mujeres me querían para su dominio, mientras, mi Amo estaba en la última fila, mirando todo. Pensé que estaría preparada para una situación así pero fue mentira. Deseé que mi Amo se levantara para reclamarme y hacerme suya, para rescatarme como esos caballeros de los cuentos, pero me quité esa fantasía cuando alguien propuso una cantidad importante de dinero y ya la puja iba a terminar.*

*La verdad fue que no sabía lo que sucedería después. Sin embargo, en el último minuto, mi Amo se levantó y ofreció otra cantidad mucho mayor. Me quedé sorprendida y de inmediato todo terminó, era suya, otra vez”.*

La historia le hizo fantasear a Julia de todas las maneras posibles. Ese Amo misterioso, había llevado su propio aguante y el de su sumisa hasta el final. Esa ocasión sirvió para confirmar que ella siempre sería fiel a sus decisiones sin importar cuáles fueran, eso, sin duda, trataba de un asunto de confianza plena y absoluta.

Julia se levantó de la silla y fue a la cocina a lavar los trastes. Se preguntó una y otra vez, cómo sería ese mundo y si el fulano “Colegio Blanco” sería de verdad o un invento de esa escritora aficionada para despertar la curiosidad

de sus anónimos lectores. No tenía idea.

Mientras mojaba sus dedos con el agua del grifo, ella no dejaba de pensar en lo genial que sería tener una comunicación de ese calibre, esa manera de hablar sin palabras, de saber lo que piensa el otro sin mayor esfuerzo. Quería saber cómo podría lograrse. No tenía idea de cómo sería eso ni sería posible.

El BDSM llegó a la vida de Julia de manera accidental. Mientras el resto de sus amigas de último año de secundaria no dejaban de pensar en chicos y vestidos, ella estaba más bien concentrada en otra cosa, en vivir situaciones extremas y que fueran mentalmente retadoras... Pero no tenía idea de eso.

La joven Julia, pequeña y tímida, realmente escondía un interior intenso y muy fogoso. Nadie sabía que detrás de esa figura delicada y ojos grandes, se escondía una chica de carácter volcánico.

Eso mismo también significó su aburrimiento por las típicas salidas de adolescentes. Le parecía molesto y predecible. Ella quería algo más.

Entonces, decidió refugiarse en Internet y en las conversaciones con extraños las cuales le parecían más emocionantes. En esas salas de chat, se encontró con la publicidad de una tienda de juguetes eróticos. Hizo clic porque no tenía nada mejor que hacer y se encontró con un mundo diferente e impactante.

Largas hileras de juguetes y accesorios se mostraron ante ella. Impresionada, paseó su vista por cada ítem como si estos fueran una maravilla. Notó que quería más y más cuando su pecho se aceleraba constantemente.

Siguió mirando hasta que notó un látigo con varias tiras de cuero. Le llamó la atención que aquello fuera considerado como un juguete. Entonces, fue hacia la pantalla y miró fijamente para tratar de investigar más al respecto.

—“BDSM”... Leyó en voz baja. No supo lo que significaba, así que se apresuró en copiar las siglas y buscarlas.

Se encontró con un artículo extenso en Wikipedia y de inmediato quedó prendada. Cada palabra, cada descripción de las relaciones, parafilias y demás perversiones le hizo sentir convencida de que aquello era para ella. Más que nada en el mundo.

Eso, por supuesto, fue el inicio de todo. Julia procuró informarse más, nutrirse más sobre el tema para empaparse. Estaba sorprendida de las afinidades encontradas mientras más exploraba al respecto.

Pasó gran parte de la noche leyendo y reflexionando. Supo que su vida ya no volvería a ser la misma porque dio con lo que siempre estuvo buscando.

Entre las clases y las conversaciones con sus amigas, se imaginaba que ella era tomada por un Dominante, por un tío alto, poderoso, no por un chiquillo con acné con gusto casi obsesivo con los videojuegos. No estaba interesada en tener que lidiar con chicos así, deseaba alguien maduro y dispuesto a educarla y enseñarle las maravillas del mundo.

Por supuesto, eso tuvo sus consecuencias. Julia se encerró más y más en su mundo, por lo que fue incapaz de relacionarse con los tíos de su edad. No podía, por más que quisiera, percibir que la gente era plana, mediocre, sin nada bueno que compartir.

Ella se resignó a ser la chica dulce y tímida que todos querían, se acostumbró a ser la confidente de sus amigas para que estas pudieran encontrarse con sus novios y besuquearse en cualquier parte. Ella se prestó para cubrirlos mientras se mataba a pajas y corridas en su habitación, soñando, añorando tener una vida más emocionante.

Por suerte, cuando se graduó, la universidad se sentía un poco más movida que la secundaria. Estaba preparada para hundir su cabeza entre los libros y quehaceres. Ser estudiante de magisterio demandaba mucha paciencia y concentración.

Paralelamente, dedicaba parte de su vida en ayudar a su mamá en la tienda de dulces y pasteles que ella misma hizo luego de que su padre se desapareciera de su vida. Así que podría decirse que Julia estaba bastante ocupada.

Sin embargo, en esas noches solitarias en donde se quedaba en casa leyendo sobre blogs de chicas sumisas, no dejaba de suspirar. Tenía que admitir que deseaba el calor de un hombre, el conocer el gusto de labios impetuosos, de mirarse a los ojos y hablar sin mover la boca. Deseaba conocer el dolor y todos sus matices, la conexión con el placer y cruzar sus límites.

Como no tenía con quien, hacía ejercicios ella misma: aprendió a amarrarse y un poco de shibari, jugaba con cera de vela y también con fuego. De vez en cuando se tomaba por el cuello y se ahorcaba un poco para medir cuánto podía soportar sin aire.

Cuando no hacía nada de eso, se miraba a sí misma en el espejo luciendo un collar que indicara que ella le pertenecía a alguien. Trataba de no pensar en eso y concentrarse en los estudios. Eran cuestiones que necesitaban más importancia.

La vida de Julia parecía estar normal y sin muchos sobresaltos, pero las

cosas cambiaron un día cuando a ella y a su grupo le informaron que uno de sus profesores debía retirarse por enfermedad y que pronto recibirían clases de un sustituto.

Ella se mostró un poco preocupada porque se trataba de un cambio justo a mediados de año y no tenía idea de cómo iban a funcionar las cosas, sobre todo cuando estaba enfocada en seguir manteniendo sus notas los más altas posibles.

Pasaron un par de semanas hasta que la directora de escuela entró al salón para hablar con los alumnos. Reinaba un silencio sordo.

—Buenos días, chicos. Antes, quiero pedirles disculpas por la tardanza en todo este asunto, sobre todo porque nos costó contar con el profesional adecuado para esta cátedra. Sin embargo, debido al tiempo por la tardanza, no se realizarán exámenes finales sino evaluaciones continuas para que así no haya problemas con los tiempos... En fin, sin más preámbulos, quiero presentarles al profesor Marcos Kiernan. Experto en la materia y quien trabajará con ustedes hasta el final del periodo.

Justo después de esas palabras, se presentó un hombre alto, ancho de espaldas, blanco, de mentón cuadrado y cabello negro con hebras plateadas y blancas. Los ojos eran azules, muy fríos y muy intensos, que parecían esconderse detrás de unos lentes de pasta negra.

Lucía unos pantalones de color negro, zapatillas grises New Balance y una camisa blanca arremangada. Tenía un bolso de cuero negro y un abrigo en el otro brazo. Él se quedó en silencio hasta que la directora terminó de hablar. Luego, él sonrió con suavidad.

—Bueno, estoy muy agradecido de estar aquí. Sé que estarán nerviosos por la asignatura pero no os preocupéis porque hablé con el profesor anterior y me dio todos los parámetros necesarios para las evaluaciones y demás temas. Procuraré seguir con esos lineamientos para que no tengan problemas con ello, aunque sé que necesitaré mucha ayuda de ustedes.

Su voz grave y contundente resonaba entre las paredes de ese auditorio. Julia estaba impresionada por la forma en cómo ese tío hablaba con tanta seguridad y contundencia, así que sintió como si todo lo demás hubiera dejado de existir.

Recobró el sentido de la realidad cuando ese hombre la miró fijamente. Fue casi como si la atravesara por completo, como si el tiempo se hubiera detenido para llevarla a un punto desconocido.

—Bueno, creo que es mejor que empecemos de una vez para que ya no

hayan retrasos. Díganme cuáles fueron las ideas principales que quedaron en la lección anterior para proceder a seguir con la lección.

Dejó su abrigo y bolso sobre la silla y se preparó para escribir en el pizarrón de acrílico. Mientras los demás buscaban información entre los cuadernos, Julia miró hacia todas partes como para asegurarse que lo que acaba de vivir no había sido un sueño. Todo pareció ir normal y pensó que lo mejor que podía hacer era revisar su libro de apuntes.

Terminó la clase y terminó el día en la universidad. Julia aún parecía tener la cabeza llena de aire por el impacto que aún sentía por ese hombre. Fue directamente a su casa aún con la cabeza vuelta un desastre.

Su profesor invadió su cabeza por completo.



## II

El nuevo profesor había causado una enorme sensación entre los estudiantes. Las mujeres suspiraban cuando lo veían pasar y los chicos deseaban ser como él. Marcos Kiernan era un nombre que se pronunciaba constantemente entre los pasillos de la universidad.

Julia, para variar, soñaba despierta con él. Fantaseaba con la idea de que él se acercara a ella y la sometiera por completo. Pasaba gran parte del tiempo en esos menesteres.

Sin embargo, había otra cosa que también le robaba el pensamiento: el Colegio Blanco, porque resultó que sí existía y que de hecho era uno de los espacios en donde los asiduos al BDSM asistían para hacer sus reuniones y demás encuentros.

*“El Colegio Blanco es más que un lugar y también más que las personas. Es como una identidad que se vuelve flexible y que viene y va hacia donde quiere y desea. Sin embargo, el Colegio Blanco es un punto físico en donde los interesados pueden darse cita sin que nadie les juzgue. Todos son bienvenidos y ese es el principio de todo”.*

Encontró esa descripción en un blog de alguien que había ido de manera clandestina con ayuda de un Dominante. Parecía que no era tan sencillo de ir pero cada vez más se le acentuaba la necesidad de ir.

*“Asistir es más difícil de lo que la gente cree. Esto se debe a que se respeta mucho la privacidad de quienes van a ese lugar. ¿La razón? Ninguna identidad debe ser revelada, así que la confianza es vital para que el Colegio Blanco funcione sin problemas. Los miembros más importantes, reciben las solicitudes de los novatos para examinarlas con cuidado y así decidir quién entra y quién no. No es cuestión de elitismo, es mera protección por y para todos”.*

Esa misma información hizo que ella se sintiera un poco insegura de sí misma, pero luego pensó que tenía que hacer el intento. Sería cuestión de probar y hacer las cosas lo mejor posible.

Buscó un poco más hasta que por fin encontró una forma que les llegaba directamente a los miembros del Colegio Blanco. Se asustó cuando lo vio pero

se dijo a sí misma que tenía que intentarlo. No tenía más opción.

Respiró profundo y comenzó a teclear. Miró cada pregunta y trató de responder con la mayor sinceridad posible. No quiso pretender ser una persona que no era porque tenía la convicción de que tarde o temprano le descubrirían la mentira.

Plasmó todos sus pensamientos e inquietudes y luego envió la forma. Poco después, se reclinó sobre el asiento y se dispuso a relajarse un poco. Sólo tendría que esperar.

Pasaron los días y Julia estaba sometida al suspenso. No tenía idea de lo que iba a suceder. Para peor, su profesor se veía cada vez más bello e inaccesible, como si fuera posible.

Sin embargo, en sus momentos más locos, pensaba que él la miraba de manera diferente, como queriéndole decir algo más pero que no terminaba de hacerlo. Pensó que más bien estaba volviéndose loca y que lo mejor que podía hacer, era dejar ese asunto de lado y seguir con su vida.

Un día, regresó de clases más cansada que nunca y también con un fuerte desánimo. Ni el aroma de las galletas recién horneadas fue suficiente para animarla un poco.

Entró a la casa y notó que su madre ya no estaba allí, así que se sintió un poco más triste de lo que ya estaba. Como tenía un examen próximo a presentar, decidió que aprovecharía el tiempo para estudiar.

Encendió la computadora y comenzó a desvestirse para cambiarse por una ropa más cómoda. Se sentó en la silla y esperó a que la máquina iniciara sesión. Le llamó la atención que durante todo el tiempo que pasó mientras sucedía, no podía dejar de pensar en Marcos y en ese maravilloso porte de hombre viril. Tenía más presente que nunca, la fantasía de que él la tomara en brazos para hacerla su mujer las veces que le diera la gana.

Se dispuso a revisar su correo y abrió ampliamente los ojos cuando se encontró con una enorme sorpresa.

*“Son muy pocos los que pueden pertenecer pero hemos leído tu historia y hemos concluido que queremos que formes parte del Colegio Blanco. La próxima reunión será el viernes en la noche. Ve vestida de blanco porque corresponde a la etiqueta”.*

El correo decía más pero ella estaba más emocionada que nunca, fue incapaz de leer el resto. Por fin tendría la oportunidad de adentrarse en ese mundo que quería conocer con tantas ganas.

Se echó sobre su cama y comenzó a pensar en lo que tendría que usar ese

día para verse lo mejor posible. No lo podía creer.

El día llegó en un dos por tres. De tan solo pensar en eso, el corazón de Julia latía con fuerza. Se emocionaba y fantaseaba con la idea de encontrarse con personas únicas y maravillosas.

Sabía que se sorprendería por lo que estaba a punto de encontrar, vería a un crisol de gente y de preferencias y lo estaba anhelando.

Después de clases, fue corriendo hacia su casa para prepararse debidamente. Le dijo a su madre que iría a una reunión en casa de una amiga y que probablemente llegaría tarde.

—Está bien, cualquier cosa, avísame por si necesitas algo. —Respondió su madre, mientras que ella tenía la expresión de niña inocente.

Se tomó un largo baño y luego fue a su habitación para peinarse y vestirse. Se miró en el espejo que tenía en la puerta y no pudo creer en su buena suerte.

Abrió el clóset y tomó de inmediato el vestido de color blanco que había guardado para una ocasión especial. Lo tomó entre sus dedos y lo miró con una amplia sonrisa. Era de tiros finos, ajustado y de una tela suave. Muy sencillo pero impactante.

Se lo puso sin nada debajo, ¿la razón? Estaba decida a convertirse en una mujer provocativa, a pesar de no tener experiencia en las artes amatorias. Quería hacerlo porque deseaba más que nunca explorar su propia sexualidad.

Luego de haberse puesto el vestido, procuró comenzar a peinarse. Decidió que ya no tendría es look de chica dulce con las ondas, sino de mujer un poco más madura, así que se secó el cabello delicadamente hasta quedar completamente lacio. La verdad fue que se sorprendió del cambio. Parecía casi otra persona.

Se sentó en su cómoda para proceder a maquillarse, durante un tiempo, hizo la práctica de ojos ahumados pero temía que no se vieran bien. Así que optó por hacerse un rápido delineado y por último, los labios de carmín. Ese sería el toque final.

Se echó para atrás y estuvo bastante conforme con el resultado. Recordó que no se había arreglado de esa manera ni en sus épocas de entusiasmo colegial, así que puso todas sus esperanzas por verse deslumbrante y causar impacto.

Por último, se colocó un par de sandalias de tacón alto de color negro. Julia no era una persona precisamente diestra con los tacos pero al menos estaba haciendo el intento de manejarlos correctamente. El hecho era que quería verse menos aniñada porque sabía que le haría falta cuando entrara a la

reunión.

En cuanto estuvo lista, se sentó sobre la cama y pidió un Uber. No colocó la dirección exacta para no delatar el punto exacto, por lo que caminaría un par de calles.

Poco después, llegó el aviso de que su chófer estaba cerca y se levantó para encontrarse con su madre y despedirse de ella. En cuanto lo hizo, salió del piso y miró hacia el pasillo que se encontraba en silencio. Estuvo a punto de embarcarse en una aventura alocada y llena de adrenalina. En ese estado, su corazón no paraba de latir y las manos ya las estaba sintiendo un poco sudadas.

Bajó las escaleras con cuidado y antes de irse, miró su reflejo en el espejo que se encontraba en la planta baja. Se miró a sí misma con orgullo porque se veía completamente diferente. Incluso, experimentó que su confianza había crecido un poco. Nada mal para la chica tímida y callada.

Se encontró con el Uber y comenzó el camino hacia el Colegio Blanco. Cerró los ojos y se puso a pensar en todas las cosas que habían pasado en su vida en los últimos tiempos. Ese profesor misterioso de ojos azules y agudos que a veces la miraba como si tuviera ganas de atravesarla por completo. Además de eso, estaba el hecho de la habían aceptado en el Colegio Blanco, un paso importantísimo para alguien que ansiaba desesperadamente el poder pertenecer al mundo BDSM.

Miró hacia la ventana y se dio cuenta que su mundo había cambiado por completo, se veía un poco distante esa chica con el rostro enterrado en los libros, ahora lucía como una mujer completamente diferente que estaba ansiosa por experimentar nuevas sensaciones.

El coche finalmente aparcó cerca de una calle y ella sacó el dinero de su bolso. Dio las gracias y se bajó con cuidado, siempre guardando las maneras en todo momento. Alzó la mirada y trató de identificar el lugar en donde se encontraba y cuánto le faltaba para llegar.

Respiró profundo y se dejó guiar por el Google Maps. Andaba caminando con cuidado porque se dio cuenta de que la zona era un poco oscura y sin demasiado tránsito. Cuestión que le llamó la atención.

Según el punto que tenía en el mapa, tenía que andar unos cuantos metros hasta que se introdujo en un callejón. Miró hacia atrás varias veces y también en varias direcciones. Quería asegurarse que estaba por buen camino y que no se había equivocado. Sería un desastre.

Se detuvo en una puerta de madera de un color blanco immaculado.

Además, había una barra de neón blanco no muy larga que estaba sobre el umbral. Algo le dijo a Julia que se trataba del lugar correcto.

Entonces estiró la mano y tocó la puerta con firmeza. Un par de veces para dar a entender que había alguien esperando por entrar. Luego se alejó un poco para dar espacio y se encontró a sí misma iluminada por esa luz misteriosa.

Poco después, escuchó el sonido de un cerrojo abriéndose. Se presentó ante ella la mirada de una mujer alta, de pechos grandes y con corsé blanco. Era pelirroja, de ojos oscuros y con actitud dominante.

—H-hola, me invitaron para este evento. Aquí está. —Dijo Julia sin poder evitar la voz nerviosa y un poco chillona.

La mujer tomó el trozo de papel sin mayor interés, lo leyó rápidamente y luego miró a Julia con la misma expresión neutra.

—Bien, adelante y bienvenida al Colegio Blanco.

Ella trató de no entusiasmarse demasiado porque no quería demostrar que era demasiado novata. Sólo asintió y cruzó el umbral. La verdad, es que Julia no tenía ni idea de lo que iba a suceder.

### III

Se escuchó el sonido del teléfono de fondo. Un repique. Dos repiques.

—Shhh. —Dijo una voz. —Si te quedas calladita, puede que te dé una sorpresa agradable. A ver...

Sus pasos parecieron crujir gracias al suelo de madera, además, también hacían eco porque había silencio, un silencio poderoso, intenso.

Unas manos blancas y marcadas por las venas, tomaron la bocina para contestar.

—¿Sí?.. Sí, con él habla... Vaya, lo siento, he tenido muchas cosas y la verdad es que olvidé regresar la llamada. Ehm, creo que puedo, sí, sí. No tendría problema. Me encantaría hablar al respecto... Excelente, muchas gracias.

El hombre que respondió la llamada sonrió para sí mismo. Lo cierto era que le daba satisfacción que la gente tuviera buenas referencias hacia él, que supieran lo bueno que era en su trabajo, lo halagaba mucho.

Pero luego giró la cabeza y recordó que tenía una chica amordazada y atada en una silla de madera. Despeinada, sudada y con marcas en sus brazos y también en los muslos.

No muy lejos de ella, una mesa maciza también de madera, en donde descansaba una vela encendida y un fuate que lucía bastante usado. El hombre retomó su posición, la cual consistía en estar frente a ella. La miró con cuidado y se percató que la mordaza de bola estaba bien ajustada, por lo que la boca de la chica no dejaba de expulsar hilos de baba de todos los grosores.

Además, su sumisa tenía las pupilas dilatadas y esa mirada de desesperación, esa misma que parecía pedir clemencia aunque sabía perfectamente que no recibiría ninguna.

El hombre extendió su mano gruesa y blanca para acariciar el rostro de su compañera, delicadamente, suavemente. Ella pareció responder dócilmente a esas maneras. Sonrió de nuevo pero esta vez con malicia, con oscuridad.

Detuvo su mano y le dio una fuerte bofetada a la chica para luego tomarla del cuello. Plantó sus pies sobre el suelo, mientras que con la otra mano bajó la bragueta. Su verga estaba tan dura y caliente que pensó que estaba a punto

de explotar... Y de cierta manera fue así.

La punta estaba mojada, empapada, de hecho, en cuanto la sacó, un par de gotas cayeron al suelo. El hombre estaba tan ansioso que tuvo que respirar con paciencia para no desbocarse, era un ejercicio que hacía con frecuencia porque a veces las ganas le consumían como el fuego.

Miró hacia su esclava para quitarle la mordaza. Ella, lentamente, recobró la movilidad de la mandíbula, pero no tardaría demasiado en recibir la verga de su dueño. Así que apenas pudo recobrar la respiración, comenzó a mamarlo de una sola vez.

Él la tomó del cabello como si fuera una rienda, también le sirvió para mirarla fijamente, para deleitarse de esos ojos cansados pero también sumisos. Esa expresión que también indicaba que estaba a punto de perderse en el límite y que se quedaría allí por un buen rato. Eso era algo que le gustaba y mucho.

No folló con ella porque se aburrió de la sesión, así que la despachó con rapidez.

—Bueno, querida, nos veremos luego. Cuídate, ¿vale? —Le tomó el rostro a su amante de turno para darle un beso en la mejilla mientras estaba en el umbral. Ella estaba todavía atontada y también con ganas de estar con él, pero tenía que entender que su voluntad no siempre era satisfecha. Las cosas funcionaban así.

Entonces cerró la puerta y se encontró de nuevo en el silencio y la paz de su piso. Pensó en inmediato que tenía hambre y que quería algo de comer pero que no implicara que tuviera que cocinar.

Fue entonces a la cocina, miró el refrigerador en donde se encontraban un par de tarjetitas con números de delivery. Tomó el de la pizza.

Parecía mentira que el mismo hombre que justo en ese momento hablaba con jovialidad, acababa de despechar a una chica que había sometido a torturas de varios estilos. Resultó ser un cambio abismal, como el día y la noche.

Marcos Kiernan se sentó en su sofá de cuero marrón para mirar hacia el exterior. El día estaba espléndido, brillante y despejado. Se relajó un poco porque la actividad que acaba de hacer lo dejó un poco cansado, la verdad es que ser Dominante era una especie de trabajo que lo consumía porque requería de fortaleza física y mental.

... A pesar de ello, Marcos era un hombre que estaba más que seguro de sus gustos e inclinaciones. Pasó gran parte de su vida recriminándose y por fin

se había encontrado cómodo con ello... Ya no había marcha atrás.

Marcos creció en un hogar de clase media en una familia como cualquier otra. Su padre era ingeniero y su madre maestra. Gracias a ella, él sintió fascinación por la enseñanza, así que le pareció lógico seguir ese camino aunque su padre no estuviera demasiado entusiasmado por sus inclinaciones.

No obstante, también destacó como un notable deportista. De hecho, se convirtió en capitán del equipo de baloncesto y de atletismo. Era un chico que le gustaba hacer ejercicios y eso mismo lo conservó por el resto de su adolescencia y adultez.

No sólo era un buen estudiante y un deportista ejemplar, Marcos también destacaba por tener un atractivo que parecía aplastante para cualquiera que se cruzara con él. Alto, ancho de espaldas, cabello negro, blanco y con unos ojos azules brillantes de un tono impactante. Debido a su aspecto, ganó el apodo del “zorro azul”.

Por otro lado, Marcos no se mostró demasiado entusiasmado por las chicas, incluso, pensó que en términos generales, sus compañeras de clase eran aburridas y sólo escucharlas le hacía bostezar. Esas conversaciones fútiles no tenían sentido para él. Es obvio decir que era un chico maduro para su edad, algo un poco extraño de encontrar.

Se concentró en los deportes y en los estudios con la esperanza de obtener una beca para estudiar en una buena universidad. Lo que no contaba era que tendría una compañera de clase que entraría a mitad del último curso, una chica de intercambio que había llegado a la ciudad desde hacía días y quería quedar inmersa en la cultura de ese lugar.

Ella le causó un impacto muy fuerte a él, sobre todo por ese aspecto exótico y llamativo. Nunca había visto a una persona así, ni remotamente parecida.

Era morena, de caderas anchas, pechos de tamaño regular y el cabello ensortijado y rebelde. Tenía los ojos de un verde oscuro, algunas pecas, labios gruesos y una especie de brillo que emanaba de su piel, como si el sol estuviera escondido en su cuerpo.

“Sara”, era su nombre. Ese mismo que hizo eco dentro de la cabeza varias veces, todas las veces, hasta que ella se sentó en un pupitre cerca de él. Marcos tenía la necesidad de saber más de ella, saber por qué estaba en ese lugar, conocer la razón por la que se encontraba tan fascinado.

Con el paso del tiempo, ambos se hicieron inseparables. Hablaban todo el tiempo, reían entre los pasillos y también se citaban durante la hora del



almuerzo para compartir potajes y hablar sobre temas no muy populares entre los adolescentes.

Mientras más estaba con ella, no podía evitar sentir que estaba más fascinado por las cosas que decía y por cómo actuaba. Era delicada pero también práctica, animada, dulce. Tenía una mezcla de comportamientos y de maneras de actuar que nunca antes había pillado en una chica de su edad.

Por supuesto, eso también trajo como consecuencia que se manifestaran sus ganas de poseerla. En ese momento, tras muchos años de ignorar la atracción hacia las mujeres, Marcos comprendió que estaba experimentando una sensación que estaba seguro era muy diferente a lo que otros sentían.

Pensó que estaba mal, que no era posible que un chico tan frío y reflexivo como él fuera capaz de sentirse de esa manera, pero esos impulsos se estaban haciendo cada vez más frecuentes.

Los alivió un poco con largas sesiones de masturbación. No era su costumbre pero luego de hacerlo parecía sentirse mejor consigo mismo. Más equilibrado y enfocado en esas sesiones interesantes con Sara.

Pero ella también comenzó a manifestar la necesidad de estar con él. En un plano un poco más profundo e intenso. Las charlas y las caminatas después de la secundaria se estaban quedando cortas, de alguna manera.

—¿Te gustaría ir a mi casa? Creo que me gustaría mostrarte algo que sé que te gustará. —Le preguntó Sara a Marcos una tarde después de clases.

En ese mismo instante, los ojos de ellas se volvieron brillantes y de un color intenso, estaba más bella que nunca. Fue cuando Marcos le tomó el rostro con ambas manos y la besó. El mundo pareció abrirsele en un dos por tres.

Los labios carnosos de Julia se sintieron como el paraíso, su lengua fue aún mucho mejor. Al principio se movía delicadamente pero luego, cuando tuvo mayor confianza, lo hizo con mayor agresividad y disposición. Eso también fue un incentivo para Marcos, quien aprovechó la oportunidad para dar rienda suelta a esos extraños intentos que tenía en el interior.

Sus manos se acomodaron mejor sobre el cuello suave de ella y su boca se preparó para acoplarse con la de ella. Se sentía cálida, sensual, al punto que pensó que podría hacerse adicto a ello en cuestión de pocos segundos.

—Entenderé esto como un sí. —Dijo ella con una amplia sonrisa.

Quedaron encontrarse esa misma noche, no hubo la necesidad de esperar más de lo necesario, así que estaban emocionados con la idea de verse en un ambiente completamente diferente.

Antes de salir de clase, Sara preparó un pequeño mapa con las direcciones y con las instrucciones para llegar a su casa. Marcos estudió todo el contenido con paciencia para evitar perderse.

Esperó ansiosamente la hora, “ven a las 8”, dijo ella en un susurro antes de dejarlo con ganas de más. Como era un chico tranquilo, Marcos le avisó a su madre que sólo saldría a encontrarse con unos compañeros para jugar videojuegos. Como fue de esperarse, ella no se negó y él salió de la casa un poco más temprano porque la ansiedad no lo dejaba en paz.

Mientras iba caminando, se imaginaba cómo sería estar con ella, en la posibilidad que tendría de tocar su piel, de acariciarla delicadamente, el de saber más de su cuerpo.

Esperó un poco hasta que se hizo la hora, entonces se preparó para ir con el lugar. Sara había sido bastante clara al respecto, no quería llegar en un mal momento, quizás quería tener el espacio lo suficientemente despejado para que pudieran estar juntos sin problema.

Luego de unos minutos, se acercó al perímetro de la casa. Era un lugar de tres pisos y de aspecto moderno. Sin duda se trataba de una familia adinerada y de buena posición.

Claro, ese detalle era irrelevante para él porque estaba más ansioso por verla que por otra cosa. Entonces, se detuvo frente a la puerta de madera y concreto y tocó la puerta. Esperó un momento y poco después escuchó movimiento detrás de esta.

Los segundos más largos pasaron hasta que él la pudo ver finalmente. Tenía un vestido ajustado blanco con pequeñas flores. La tela abrazaba su cuerpo, esculpiéndolo como si fuera la cosa más hermosa del mundo.

El tamaño de sus pechos y de sus caderas también mostraba una figura perfecta de reloj de arena. Estaba tan encantado que le costó reaccionar debidamente, fue ligeramente incapaz de decir algo. La expresión de tonto pudo más y ella se dio cuenta.

—Ven, por fin estamos solos... Nadie los interrumpirá en un buen rato. — Le dijo ella con una dulce sonrisa en los labios.

Le tomó la mano con delicadeza y le ayudó a cruzar el umbral. Marcos se encontró con un espacio amplio y medianamente a oscuras. De hecho, los ventanales que estaban allí, filtraban un poco la luz hacia el interior.

El aura de ese inmenso lugar estaba cargada por la potencia de las hormonas de esos chicos.

—¿Quieres una gaseosa o agua? Tengo otras cosas pero creo que mi papá

se daría cuenta de que hemos tomado algo. —Dijo Sara cuando abrió el refrigerador.

Marcos dudó un poco pero pensó que podía aprovechar la oportunidad para tomar algo que lo ayudara a tomar un poco de valor en una situación como esa.

—Sí, una gaseosa, por favor. —Respondió con toda la seriedad del mundo.

Ella asintió ligeramente y se acercó a tomar un vaso de vidrio y unos cuantos cubos de hielo que echó de manera delicada. Todo parecía suceder en cámara lenta y Marcos estaba en un punto en que la desesperación lo iba a enloquecer.

Fue hacia donde estaba Sara y la tomó desde la cintura y la miró directamente a los ojos. Sintió cómo ella se puso nerviosa y aprovechó ese salto de emoción para besarla como nunca. Aprovechando que estaban solos y que podían hacer lo que quisieran.

Quedaron entrelazados en un mismo abrazo, como si estuvieran a punto de explotar. Marcos estaba, además, cayendo en una especie de abismo más y más profundo que lo hacía sentir poderoso y con ganas de tomar el control. No estaba seguro de lo que se trataba, le pareció confuso pero también increíble. Se estaba convirtiendo en otra persona.

Se besaron un poco más hasta que ella comenzó a gemir un poco. Para Sara, fue el momento ideal para que los dos fueran a la habitación de ella.

Subieron las escaleras con paso lento, llegaron al primer piso y luego al segundo. El corazón de Marcos estaba a mil por hora, no podía creer que se acostaría con la chica de sus sueños.

Mientras lo hacía, la miraba desde atrás. Las piernas, las caderas moviéndose, las nalgas que se asomaban por ese ruedo pequeño, insinuando así unas posaderas hermosas y jugosas.

Ella se detuvo un momento para mirar de lado a su acompañante, le hizo una sonrisa y luego terminó de subir hasta que llegaron. Ella dobló hacia una de las habitaciones que estaban allí, dispuesta para ambos.

Se trataba de un lugar no demasiado grande puesto que se trataba de la habitación para huéspedes. Paredes blancas, despejadas, una cama matrimonial que lucía bastante cómoda, un par de mesas de noche que estaban a los lados, una lámpara pequeña y un cuarto de baño. Era el lugar perfecto para estar a solas.

Apenas se encontraron allí, Marcos no quiso perder más el tiempo. Tomó a

Sara en la cintura, tal como lo había hecho en la cocina, colocó sus labios en la suavidad de su cuello y comenzó a lamerla, a besarla.

No tenía idea de cómo estaba haciendo todo aquello pero no le importó demasiado porque estaba dejando libre, por fin, todo ese instinto interior. Ella, mientras tanto, le acariciaba el cabello espeso y negro, y también intercambiaba miradas para perderse en los ojos azules y agudos de ese chico que tanto le gustaba.

Con un poco de torpeza, los dos se subieron en la cama para estar más cómodos. Marcos quedó encima de ella. Sara se acomodó lo mejor posible para que ambos pudieran acoplarse sin ningún problema.

A Marcos le pareció increíble que su propia naturaleza le dijera exactamente lo que tenía que hacer. A pesar de lo nervioso que estaba, su instinto le decía cómo moverse, cómo acariciar y cómo besar para intensificar las sensaciones. Su piel estaba de gallina al igual que la de ella, le pareció sensual encontrarse con esa coincidencia.

Entonces no quiso retrasar más lo inevitable: dejó de besarla para ocuparse de otra parte importante, el quitarle la ropa. Por suerte, la chica simplificó la situación al usar un vestido, así que tuvo la sensación de que no sería tan complicado. Por eso, se preparó para hacerlo con calma y para no dejar tan en evidencia que era un novato... Aunque se sentía muy cómodo como para pensar en eso.

Estaba un poco nervioso no por hacerlo mal, sino porque no sabía con qué se iba a encontrar. Poco a poco, se iba develando el hermoso cuerpo de esa chica, tan curvo, tan exótico.

Ciertamente su piel era increíblemente hermosa y reluciente, suave, delicada, pero él también estaba demasiado fascinado por sus pechos, por el culo y las piernas. Eso, sin dejar de lado en el hambre que sintió en cuanto vio a su coño húmedo.

Las mejillas de Sara estaban sonrojadas y sus labios entre abiertos. Dejaba escapar gemidos y jadeos, estaba tan excitada que no podía siquiera moverse con coordinación. Sólo alcanzó abrir las piernas lo suficientemente como para abrazar el torso y la pelvis de Marcos.

Él seguía vestido pero no fue así por demasiado tiempo, se quitó las prendas con suma rapidez y quedó expuesto ante ella. Los dos se tomaron un momento para observarse con minuciosidad. Para Sara, el cuerpo blanco y formado de Marcos le pareció casi como una obra de arte.

Hubo un momento en el que pudo mirar momentáneamente la verga de él.

Toda dura, dura erecta y lista para romperla de todas las maneras posibles.

Marcos se acomodó y la besó un poco para mojarla un poco más. Sus manos se encargaron de besar sus pechos, de morder esos ricos pezones. Le encantaba hacerla vibrar.

Cuando estuvo listo, se acomodó y asomó el glande en toda la entrada del coño. Sintió una fuerte ola de calor y humedad. Miró cómo ella se mordió los labios e hizo un alarido de dolor. Esperó un poco y le siguió besando.

En el ínterin, tuvo la necesidad de tomarla del cuello, de demostrarle que tenía el control de la situación. Pero tuvo que esperar porque su deseo tampoco era abrumarla, quería que ambos disfrutaran el momento gratamente.

Ella se preparó para él y Marcos se hundió más entre sus carnes vírgenes. Le encanó sentir la estrechez y el escuchar los gemidos y los jadeos de ella. Además, ambos estaban experimentando esa mezcla intensa de placer y dolor. Porque era posible sentir las dos cosas.

Hundió un poco más y un poco más, hasta que finalmente la empaló por completo. Cuando lo hizo, hizo un fuerte alarido y luego concentró sus ojos a la expresión deliciosa de rendición de ella. Se quedó en ella un rato más hasta que decidió el momento de moverse, ese instinto de control y de ansiedad de carne se hacía más presente más y más en su cuerpo y mente.

Su pelvis comenzó a hacer un movimiento que le resultó cómodo y natural. Una especie de vaivén que le permitía sentir un roce fuerte y delicioso. Claro, la estrechez del coño de Sara incrementaba lo que ambos estaban experimentando, aunque era claro que había algunos intervalos de dolor.

Apoyó sus manos sobre la cama para tener un poco más de balance y estabilidad. Mientras se acomodaba, la miró y se quedó unos segundos perplejo, admirando ese maravilloso cuerpo que tenía en frente de él. Su boca se hizo agua y más que nunca deseó poseerla más y más.

Se hizo esclavo de las sensaciones que estaba experimentando, por lo que estiró la mano para tomarle el cuello. Por un momento, no estaba demasiado seguro de lo que estaba haciendo, pero luego pensó que se trataba de un impulso que ya no podía echar para atrás.

Sus dedos se cerraron lentamente en el fino cuello de esa chica que no paraba de gemir en su honor. Ella lo miró con sus ojos llenos de lágrimas y con esa expresión de placer y dolor. Marcos sonrió y entendió que debía seguir.

Empujó más y más, se adentró en el cuerpo de ella que atravesaba con determinación. Sara hincaba sus uñas sobre la piel de ese amante que estaba

desesperado debido a la lujuria.

Siguieron juntos hasta que ambos conocieron las mieles del orgasmo, ese fenómeno que habían estudiado en la escuela y que siempre se vio como algo lejano, muy fuera de ellos.

Terminaron cansados pero abrazados. Marcos estaba envolviendo a la chica mientras ella parecía dormir sobre su pecho. Él, mientras le acariciaba el cabello, no dejaba de pensar que había atravesado una especie de portal que lo había llevado hacia un punto de no retorno.

Luego de un rato, ambos tuvieron que vestirse con rapidez porque los padres de ella estaban cerca de llegar a la casa. Un beso de despedida y un par de miradas furtivas hicieron que Marcos fuera a su casa a enfrentarse a la tormenta de regaños por parte de sus padres.

La verdad fue que los sermones fueron lo de menos para él. Escuchaba la letanía pero no podía dejar de pensar que hacía minutos atrás, estaba entre las piernas deliciosas de esa chica. Ansió quedarse en ellas una vez más.

Ambos se hicieron asiduos a tener encuentros sexuales, así que fue de esperarse que las cosas se volvieran más intensas e interesantes. Se dedicaban a experimentar y a vivir situaciones que no todos los chicos de su edad se aventuraban a hacer.

Pero las cosas no duran para siempre, Sara, siendo una estudiante de intercambio, tuvo que regresar a su país natal luego de terminado el periodo. Los dos estaban enfrentando un momento difícil, por eso trataron de llenar el vacío de la ausencia próxima con más sexo y caricias.

Luego de haberse sentido tan compenetrado con una persona, él pensó que sería buen momento de seguir el camino de disfrutar la soltería. No porque no le gustara las relaciones formales o estables, solo que no quería dedicarse de lleno en algo que sabría sería complejo y bueno, era joven y atractivo, quería darle una oportunidad a ese estilo de vida.

Gracias a su esfuerzo como estudiante y como deportista, Marcos ganó una beca para estudiar magisterio en una importante universidad de la capital. Su madre no hizo más que celebrar su éxito, aunque representara que su hijo tendría que irse a muchos kilómetros de ellos.

La despedida no fue fácil, siempre protegido y cuidado, esa sería la primera vez para Marcos alejarse tanto de su familia, de sus costumbres y de su comodidad. Estaba experimentando de nuevo ese proceso de vivir situaciones que lo sacaban de su zona de confort. Sin embargo, era algo que quería y más porque tenía el vigor para enfrentarlas.

Optó por quedarse en la residencia universitaria por cuestiones de costo, aunque para él le daba lo mismo porque tenía la determinación de convertirse en el mejor de todos.

18 años recién cumplidos y ya estaba en medio de un campus en donde había personas de todo tipo. Cada quien en lo suyo, hablando de los deberes y de los exámenes, de estudiar, de las fiestas, de las chicas, de esa vida que se sentía tan fascinante y de adulto. Él estaba listo para ello.

La beca de atletismo le ayudó a consolidar su figura como deportista de valor. Asimismo, se puso al día con los estudios. A los días de comenzar se convirtió en referencia de los profesores porque estaba destacando como un muchacho aplicado y responsable. El deber para Marcos era un asunto serio.

Pero no siempre estaba pensando en estudiar o ser el primer lugar en las competencias, también estaba fascinado por la variedad de chicas que estudiaban con él.

Sin embargo, no pudo evitar tener esa sensación de aburrimiento por quienes estudiaban con él, pero tuvo la suerte de poder conversar con mujeres mayores que él, con chicas experimentadas, inteligentes, con algo en la cabeza. De hecho, en esos momentos confirmó que no le importaba mucho eso de la edad, sino la inteligencia. Era una virtud que le resultaba excitante.

Además, Marcos tenía otra ventaja que se hizo mucho más notable a medida que estaba ganando más años, se volvía más atractivo, más guapo. Sus ojos azules y ese contraste con su piel y cabello era la mezcla perfecta para que las mujeres lo miraran con deseo y con ganas de hablarle.

Siendo tan selectivo como era, prefería rodearse de personas con inclinaciones parecidas a las suyas. De esa manera se sentía más cómodo.

Estuvo un tiempo con salidas informales, nada del otro mundo. Un beso por aquí, otro beso por allá, pero nada realmente fascinante, nada que le despertaran las ganas de ir más. Estaba sintiéndose un poco fastidiado al respecto.

Pero así conoció a Roma, una estudiante de Antropología con un verbo encendido y con un aspecto avasallante. Era alta, delgada, blanca, de ojos rasgados y el cabello negro corto y un poco despeinado.

Siempre la veía vestida de negro, con vaqueros ajustados, camisetas o suéteres, botas o zapatillas deportivas. Pero sí, siempre de negro y con esa expresión de autosuficiencia que siempre solía tener. Eso, por supuesto, bastó para que mucha gente dijera que se trataba de una chica que quería jugar a ser rebelde pero que al final todo era una cuestión de fachada.

Estaba involucrada en los movimientos feministas y pro-aborto, por lo que de por sí estaba siempre lista para decir algún comentario bastante incendiario.

Pero más allá de lo que la gente podía comprender, se trataba de alguien lista, preparada y culta. Siempre con un aspecto imponente e interesante.

Desde el primer momento en que la vio, Marcos tuvo curiosidad en saber más de ella, de hablar e ir a tomar unos tragos. Había sido la chica más interesante que había visto en mucho rato y estaba buscando la oportunidad de entablar algún tipo de comunicación con ella.

Se cansó de verla pasar, siempre estaba acompañada y no hallaba la oportunidad de tener un contacto con ella. Entonces, un día tomó valor y se acercó justo cuando estaba desocupada durante un evento de un grupo feminista.

—He buscado la forma de hablar contigo pero ha sido imposible.

Roma cobró una expresión de genuina sorpresa. No supo si seguir con la conversación, quedarse callada o ignorar el atrevimiento de ese chico que se había acercado. El hecho es que se quedaron conversando por el resto de la tarde.

Los dos comenzaron a pasar tiempo juntos cada vez más. Las conversaciones y los espacios que compartían alimentaban esa química con intensidad.

Discutían, peleaban por debatir quién tenía la razón, pero al final quedaban de acuerdo con los puntos en común. Eran los mejores momentos porque eso avivaba la emoción y la atracción.

Sin embargo, Marcos estaba ansioso por tenerla, por explorar su cuerpo porque mientras estaba con ella, su deseo iba creciendo más y más.

Estaba ansioso porque llegara ese momento, pero no sabía cuándo sucedería. No obstante, estaba consciente de que las cosas se presentarían de un momento a otro, como solía suceder.

Ambos fueron invitados a una fiesta de la facultad de Antropología. Marcos no tenía demasiada información al respecto pero lo que verdaderamente le interesaba era pasar tiempo con ella y con sus amigos.

Cuando fue a buscarla, se sorprendió de inmediato. Roma, por lo general, era una mujer práctica en cuanto al vestir, sin embargo, esa noche se veía espléndida, muy diferente a cómo era usualmente.

Tenía un vestido su color favorito —negro- pero ceñido al cuerpo, unas zapatillas del mismo tono y una chupa vaquera desgastada. Además, tenía un



chocker negro y el cabello peinado hacia atrás. Se veía bella e imponente.

Marcos le tomó la mano y juntos fueron hacia esa reunión de la que todo el mundo ya estaba hablando.

La facultad resultó ser un edificio de ladrillos rojos de cierta antigüedad. Tenía una inscripción en latín con letras doradas que era interpretada como una bienvenida para quienes fueran allí. De inmediato, Roma y Marcos comenzaron a mezclarse con la gente, a interactuar con los demás.

El alcohol y otras sustancias comenzaron a rodar entre los asistentes, lo que provocó que los ánimos se volvieran un poco más intensos para Roma y Marcos. Separados por un mar de personas, ambos se miraban fijamente como con la intención de provocarse, de medirse.

Marcos comenzó a experimentar que su animal interno iba ganando cada vez más protagonismo, así que sería cuestión de tiempo para que la tomara consigo y así follársela.

En un punto de la noche, en donde ella estaba hablando con unos amigos, Marcos se excusó tomándola de la mano y diciéndole una serie de obscenidades que terminaron por animar a Roma. Los dos se fueron con premura.

—Iremos a mi casa que está más cerca, ¿te parece? —Preguntó ella.

—Vale. —Respondió él sin ganas de contradecirla en ningún momento.

Se fueron en la moto de ella, una Vespa negra que se había comprado en la Navidad pasada, incluso para esas cosas, ella era muy diferente a las demás.

Él se subió tras ella y comenzó la ruta hacia ese lugar en donde ambos podrían desencadenar por fin esas ganas de sexo. Mientras estaban en el camino, Marcos le tomaba la cintura a Roma con fuerza, sosteniéndola como si no hubiera nada más.

Por supuesto, eso fue suficientemente para que ella pudiera sentirlo como deseaba. Sin embargo, Roma, la siempre contenida, cedió lentamente ante los encantos de ese hombre que no dejaba de tocarla. Sus manos se sentían tan bien que podía hacerse adicta en poco tiempo.

Aceleró un poco más hasta que finalmente se adentraron en una zona residencial bastante tranquila. Marcos reconoció el vecindario porque se trataba de un lugar en donde vivían familias y algunos edificios de estudiantes.

Ella comenzó a desacelerar y luego entraron en un estacionamiento abierto para poder dejar la motocicleta. A pesar de que era primavera, la noche estaba un poco fría y con unas cuantas gotas, por lo que se apresuraron para ir a la entrada del edificio.

Como era de esperarse, había un fuerte movimiento de personas que iban y venían, gente que hablaba con voz fuerte a excepción de ellos dos que estaban en completo silencio. Había una especie de complicidad que no necesitaba de palabras.

Esperaron por un rato antes de subirse al elevador. No había encontrado lugar porque todos estaban ocupados por esas personas, pero poco a poco las cosas se fueron despejando, por lo que ambos pudieron subirse y quedar solos.

En cuanto se cerraron las puertas se tomaron entre sí para besarse sin parar. Ella lo tomó por los hombros y él la colocó sobre una de las paredes laterales para acorralarla y tenerla para sí.

Se sonreían y se miraban. Roma estaba encantada por ese tío de ojos fríos y también intensos, algo le dijo que detrás de ellos, había algo que demostraba que él escondía otra cosa más que estaba ansiosa por descubrir.

Sus lenguas comenzaron a jugar intensamente y justo en ese momento las puertas del elevador se abrieron y ambos se encontraron en el pasillo en donde debían bajarse en ese lugar.

Roma estaba sonriendo porque sintió que acaba de hacer una travesura, hizo una especie de rápida retrospectiva cuando se divertía cuando era niña. Así que decidió que esa noche le daría rienda suelta a ese sentir. ¿Por qué no?

Le tomó la mano a su chico y salió casi dando pequeños brincos. Marcos estaba encantado y también ansioso por estar entre esas hermosas piernas que pilló desde que la vio con vestido.

Roma abrió la puerta con rapidez y le echó un vistazo a su interior porque no estaba segura de que allí estuviera su compañero de piso. Giró la cabeza hacia todas partes y sólo se encontró entre las luces apagadas del lugar. Entonces sonrió ampliamente y se preparó para que los entraran.

El piso era pequeño pero se veía cómodo, sobre todo para ser compartido por dos personas. Había un sofá cubierto por una manta de colores, dos sillas de madera y una mesa de café en donde reposaban unas hojas y libros.

Además, se encontraban unas ventanas en la sala que dejaban pasar la luz del sol. La cocina era amplia y abierta, lo cual le permitió ver a Marcos que también estaba desordenada, gracias a que había vasos, tazas y platos que se encontraban en la encimera. Típica residencia de chicas.

Sin embargo, él no estaba allí para jugar a ser el decorador de interiores, por lo que se acercó a Roma con suma ansiedad y volvió a lo que habían dejado pendiente en el elevador. Regresaron a los besos y a las intensas

caricias.

Roma estaba desesperada como él y Marcos estaba sintiéndose conectado con esa sensación de volverse más animal, más desenfrenado. Al principio no estaba demasiado seguro porque no sabía cómo esa chica iba a reaccionar, pero su instinto estaba volviéndose prácticamente incontrolable.

Hubo un punto en donde ella le tomó el rostro entre sus manos y lo miró fijamente.

—Sé que hay algo en ti que ocultas, que tienes que esconder por alguna razón. Yo, la verdad, no estoy interesada en que lo sigas haciendo. Si quieres estar conmigo, tienes que ser como deseas ser.

Esas palabras fueron como el detonante perfecto de la situación. Marcos respiró profundo y se preparó para hacerla suya como le diera la gana.

Roma le tomó la mano y lo llevó hacia su habitación, la cual no estaba muy lejos. Caminaron con un poco de lentitud hasta que entraron y siguieron con lo suyo.

En ese punto, Marcos comprendió que tenía la oportunidad perfecta de desplegar todas sus ganas y volcarlas en esa mujer que tanto le gustaba, a la vez que se daba el permiso de la persona que quería sin tener que sentirse culpable.

Entonces, dejó que su propia naturaleza hablara. La lanzó sobre la cama y fue hacia ella para quitarle la ropa con premura. Estaba tan desesperado que ni siquiera podía coordinar debidamente.

Se apartó un poco para tomar algo de aire y volver a concentrarse. No quería quedar como un tío torpe o impulsivo, al menos no de esa manera. Así que encontró calma y comenzó a quitarle las prendas a esa chica lentamente.

A medida que lo hacía, su piel y su cuerpo quedaban al descubierto. Ese tono blanco, esos pechos pequeños y redondos, lo rosáceo de sus pezones, hasta los huesos de las caderas que se veían tan apetecibles.

Marcos estaba con la boca hecha agua justo cuando miró a ese coño tan húmedo y tan caliente. Algo le hizo querer saborear esos fluidos y fue cuando se decidió practicar sexo oral por primera vez.

Entonces, sostuvo sus hermosos y delicados muslos con sus manos, firmemente. Le hizo una mirada y luego enterró su cabeza hasta quedar entre la tibieza de esa piel. Suspiró de la emoción y luego sacó su lengua para pasearse entre los labios, el clítoris y todo ese hermoso lugar. Ella comenzó a gemir con suma fuerza, a sostenerse por medio de las sábanas. Estaba más excitada que nunca.

Mientras más lo hacía, más consciencia tenía él de cómo podía mejorar cada vez. Así que aflojó un poco su lengua para hacerlo bien, para dedicarse como debía, sin perder las ganas ni la intención.

Fue en todas las direcciones posibles, hasta sentir que su cara estaba mojándose gracias a la excitación de esa chica. Lo hizo un poco más hasta que se preparó para la segunda parte.

Se incorporó sobre la cama y la miró. Estaba toda roja y también sudada. Se veía bella y privada por esas sensaciones, así que aprovechó el momento para acercarse a ella, darle un beso y acomodar su pelvis contra la suya. No podía aguantar más.

Tomó su cintura con sus manos y con firmeza, ella no paraba de gemir. Él le echó un último vistazo y justo en ese instante metió su verga, blanca, gruesa y venosa, para que se adentrara en las carnes deliciosas de esa chica que lo volvía loco.

Primero lo hizo con un poco de calma porque se dio cuenta de que ella no paraba de hacer ruidos, sin embargo, era eso mismo lo que le motivaba a seguir y seguir. Metió su verga completamente, enteramente, la atravesó sin más miramientos y la hizo sufrir con su grosor por un largo rato.

Ella se sostuvo de las sábanas con determinación mientras recibía las deliciosas embestidas que él le hacía. Estaba privada porque su verga gruesa se movía a diferentes ritmos, provocándole espasmos y gritos sin parar.

Gracias a esa increíble estimulación, Marcos estiró la mano para encerrársela en el cuello, con fuerza. Eso bastó para que Roma se excitara aún más. Justo en ese momento, Marcos comprendió lo que ella le dijo al principio. La chica rebelde era sumisa de las puertas para adentro.

Siguió follándosela hasta que sus piernas no pudieron más. Entonces allí, decidió que quería un mejor plan, el de tomarla y llevarla hacia una de las paredes.

Lo hizo con un rápido movimiento, con suma destreza. Roma quedó entonces de frente con la pared, con las piernas separadas y los brazos apoyados en esa superficie fría. Estaba tan nerviosa que hizo un verdadero esfuerzo por no mirar hacia atrás porque también deseaba hacerse presa del suspenso.

Marcos se quedó mirándola desde atrás. Sus piernas delgadas, sus nalgas pequeñas y su espalda curva. Su cabello corto estaba más despeinado que nunca y su cuerpo temblaba sin parar.

Después de mirarla fue hacia ella para follarla desde atrás. Tomó la

cintura con la mano mientras que con la otra comenzó a darle nalgadas una tras otra. Roma no dejaba de gemir ni de gritar. Aquello se había convertido en su gasolina para continuar.

Cuando se cansó, finalmente la penetró con fuerza estando de pie. Ambas manos fueron a su cuello para tomarla desde allí a la vez que la embestía sin parar. La penetraba como si fuera un desesperado.

A veces descansaba al poner las manos sobre la pared, pero se dio cuenta que tenía una fuerza impresionante porque no podía controlarse. Por fin tuvo la oportunidad de ser como realmente era.

Siguió en lo mismo hasta que la tomó de nuevo y la colocó sobre la cama, en cuatro. Se agachó un poco para besarle las nalgas y también para morderlas, luego, introdujo su lengua para follarla con ella hasta que se levantó y volvió a meterle la verga. Estaba dispuesto a hacerle de todo.

Casi en su recta final, él se incorporó para tomarle por el cabello como si este fuera una especie de rienda. La penetraba con un ritmo impresionante, provocándole dolor y placer al mismo tiempo. No dejaba de sentirse fuerte, poderoso, como si fuera dueño del mundo.

Cada vez más, podía escuchar los quejidos de ella, signo de que estaba cerca del orgasmo. Así que se preparó para provocarle uno con mayor intensidad, a medida que se adentraba más y más en su carne.

Roma tomó un poco de las sábanas entre sus manos, sujetándolas con fuerza, hasta que finalmente un chillido bastó para desencadenar un orgasmo potente. Un grito fue todo lo que se escuchó durante esos segundos.

Marcos se quedó dentro de ella un rato. Sintió el calor de los fluidos explotando mientras bañaban su verga. Se sentía increíble y más porque eso lo había causado él. Sólo él.

Sacó la verga poco a poco y miró cómo el cuerpo de Roma se desplomó sobre la cama, cayendo entre las almohadas y la sábana. Sin embargo, él no había terminado ni siquiera.

Como estaba cerca de explotar, comenzó a masturbarse con una mano mientras tomó el rostro de ella con la otra. Sin embargo, ella cambió la mano por la suya, porque deseaba retribuirle un poco lo mismo que acababa de sentir gracias a él.

Lo hizo con fuerza y con firmeza. Agarró el pene de su amante como si la vida se le fuera en ello y lo disfrutó en cada momento. Notó poco después que él comenzó a moverse con cierta brusquedad porque precisamente estaba muy cerca de llegar al orgasmo.

Marcos estiró la mano y sostuvo el cuello de Roma con contundencia, ella, con la respiración un poco entrecortada, siguió con el deseo de satisfacer a su hombre hasta que se dio lo que ambos estaban esperando.

El semen de Marcos cayó en su mano pero también en parte de su rostro y de sus pechos. Unas otras gotitas más reposaron en la superficie de la cama. Roma se aseguró que todo saliera y cuando fue así, se acercó hacia el glande para chuparlo y morderlo un poco.

Lo secó, se bebió hasta la última gota y luego miró a los ojos, a esos ojos azules y encendidos. Sabía que se había doblegado ante él y que estaría dispuesta a hacerlo muchas más veces.

Después de ese encuentro, Roma y Marcos comenzaron un viaje para explorar y explotar sus intensidades sexuales. Él descubrió que Roma era una asidua al BDSM y que aquello le permitió ir más allá sobre sus gustos e inclinaciones.

Gracias a Roma, Marcos se encontró con una definición más exacta de sí mismo.

—Eres Dominante, eso es obvio. Y lo supe desde que te vi. ¿Sabes qué es lo más curioso? Que nunca tuve dudas al respecto, siempre estuve clara hacia la naturaleza a la que respondías y, como te habrás dado cuenta, no me equivoqué. Me alegra mucho eso.

Roma estaba también contenta de haber encontrado a un hombre que le permitiera expresarse libremente sin que eso comprometiera sus ideales. Ella resultó ser una persona con diferentes dimensiones y no tenía miedo de dejarlas libres.

A medida que pasaba el tiempo, se concentraron más en hacer sesiones más intensas y también largas. Usaron cuerdas, amarres de todo tipo, látigos en variadas formas, fuego, hielo y hasta electricidad. Cada aspecto que iba explorando, Marcos estaba definiendo más y más su perfil como Dominante.

Debido a las juntas con Roma y varias personas de ese mundo, Marcos recibió la invitación para pertenecer al Colegio Blanco, el único club BDSM de la ciudad que gozaba de buen prestigio entre la gente.

Cuando supo la noticia, se sintió muy feliz porque estaba siendo reconocido por sus semejantes. Además, estaba a punto de entrar en un círculo que no todos podían pertenecer. Se trataba de algo importante.

Fue acompañado por Roma y, antes de entrar, ella se apresuró en decir lo siguiente:

—El Colegio Blanco es una especie de ente que cambia constantemente. A

veces las reuniones son aquí o en una casa, en donde se pueda. Pero lo importante es que no importa el lugar, sino las personas. Nosotros nos sentimos a gusto aquí, protegidos y entre los nuestros. Nunca seremos juzgados por nadie y eso nos da cierto respiro de tranquilidad. Es impresionante.

Los ojos de Roma se iluminaron aún más y Marcos no pudo evitar sentir esa emoción casi colegial. Estaba ansioso por conocer el interior, por codearse con personas como él, por aprender y madurar.

Como estaban juntos, se volvió frecuente la presencia de él en ese lugar. Incluso, llegó a experimentar reuniones en otros lugares. Se volvió más consciente de que el grupo no sólo era un conjunto de personas sino que además era una especie de refugio.

De esa manera, así pasó gran parte de su vida en la universidad, entre los libros, exámenes y reuniones sociales, y también como Dominante que se hacía cada vez más popular entre la gente. ¿La razón? Hizo su primer espectáculo luego de pensarlo mucho y con la ayuda de Roma. Fue un éxito en cuanto se presentó.

Sin embargo, las cosas fueron desmejorando entre los dos. Marcos tuvo la necesidad de explorar sus instintos mientras que Roma quería formalizar la relación. Ninguno de los dos estaba a la misma sintonía, así que optaron por alejarse sin hacer demasiado ruido al respecto.

Paralelamente, Marcos alcanzó méritos increíbles durante sus años de estudio. Se convirtió en uno de los estudiantes más importantes del instituto y en un claro ejemplo de la constancia y el trabajo duro. Internamente, él sabía que no había sido fácil el tratar de compaginar con tantas cosas al mismo tiempo.

Al final, se graduó con honores y de inmediato comenzó una especialización en planificación y prácticas de evaluaciones. Poco a poco, se hizo un nombre entre la comunidad y con sus semejantes. Fue obvio que él sintió que las cosas estaban marchando según sus planes.

En el otro aspecto de su vida personal, puntualmente relacionado con el BDSM, Marcos estaba también puliendo sus habilidades e inclinaciones. Debido a su debut en el club, le ofrecieron un lugar permanente entre los shows principales. Externamente le pareció sin cuidado pero internamente estaba saltando de la alegría.

Debido a ello, sus presentaciones se hicieron más frecuentes y referenciadas. Sin embargo, Marcos fue incapaz de adjudicarse un nombre o un apodo. Decía que era pésimo para esas cosas y que la creatividad en casos

necesarios la tenía en cero.

Sin embargo, sería la misma gente que se encargaría de ello. Debido al impacto que siempre producía en sus presentaciones, algunas sumisas comenzaron a compararlo con Dios...

—“Tiene un aspecto imponente, que te aplasta, no sé, como si fuera Dios”.  
—Aquello era una de las tantas cosas que decían de él.

Ese apodo fue ganando cada vez más fuerza hasta que quedó acuñado de una vez. “Dios” era el traje de Dominante que se ponía Marcos cada vez que ofrecía un espectáculo, era su manera de entrar en un personaje que siempre estaba dentro de él, latente y presente.

Debido a su vida profesional era un poco agitada, no se podía comprometer a un día en específico en la semana, pero lo hacía con cierta frecuencia, sobre todo porque hacerlo le brindaba una especie de escape.

Cuando lo hacía, Marcos se vestía de blanco, impoluto, brillante; incluso la ropa se le fundía con el tono de piel. Sin embargo, para dar un toque agresivo a todo el proceso, se peinaba hacia atrás y se pintaba una franja negra que cubría la zona de los ojos. Esa tintura, de color negro, lo que hacía era resaltar el azul intenso de sus órbitas azules.

Se lo permitieron porque su espectáculo era uno de los más populares, especialmente porque tomaba a gente del público a que fuera al escenario con él. Las sesiones eran tan intensas, que siempre tenía a la mano a alguien más que dispuesto a ceder toda su voluntad ante él.

Marcos hizo una rápida retrospectiva a su vida y en todas las locuras que había cometido de joven. Se dio cuenta que se dio la oportunidad de probar cualquier cantidad de cosas y que no se limitó en ello porque siempre pensó en el presente como una gran oportunidad para vivir situaciones de todo tipo.

Entonces, de frente a esa ventana de su piso, se alegró por esa nueva oportunidad de trabajo que estaba apareciendo frente a sí. Esa alternativa que también le brindaría un poco más de estabilidad a su vida.

Fue a la universidad como le habían dicho y se acercó a la oficina de la rectora para una entrevista. Estaba nervioso, muy nervioso.

—Sr. Kiernan, es un placer tenerlo en nuestra universidad. De verdad, estamos muy contentos de poder tener tiempo para hablar cómodamente... -La mujer que lo recibió fue muy amable con él y le mostró una silla para que se sentara.

Ahí mismo comenzaron a hablar, cada tanto, Marcos exhibía sus conocimientos y también su experiencia. La rectora estaba fascinada con él.



—Lo cierto es que uno de los profesores tuvo la necesidad de retirarse por cuestiones de salud. Necesitamos urgentemente a alguien que cubra plaza. Además, no sólo eso, Sr. Kiernan, también nos gustaría que formaba parte de nuestro grupo de investigación. Debido a que haría dos cargos, este último sería un poco más liviano. Pero, ¿qué dice?

Marcos pensó que serían muchas responsabilidades pero se dio cuenta que podría tratarse de una gran oportunidad que no debía dejar pasar.

—Vale, perfecto. Me gustaría mucho, estaría, de hecho, más que encantado.

Fue así como Marcos comenzó a trabajar como profesor suplemente y como miembro del grupo de investigación de la universidad. Le encantaba ese ambiente porque lo hacía sentirse bien consigo mismo, lleno de energía y vitalidad.

El primer día de clases entró en un salón de puros chavales. Esos rostros asustados le hicieron concluir que estaban en los primeros ciclos de la carrera. Fue presentado por la misa rectora quien no podía esconder la emoción que estaba sintiendo en ese momento.

Marcos se quedó callado todo el rato mientras veía al grupo de chicos. Era algo que solía hacer porque le daba la oportunidad de estudiar y de analizar a cada persona que estaba allí.

Sus ojos se pasearon hasta que se topó con el rostro de una chica de cabello castaño y de mirada interesante. Estaba en uno de los últimos puestos del auditorio. En seguida, percibió una especie de chispazo que le hizo experimentar que había algo allí. Pero quizás, sólo quizás, se trataban de ideas suyas.

Comenzó el día sin mayor retraso porque sabía que tenía que actualizarse y seguir con la asignatura. Mientras hablaba, no podía evitar mirar hacia ese espacio en donde estaba la chica de aspecto sencillo y tranquilo. Había algo en ella que no podía definir con claridad.

Cada vez que entraba a ese salón, siempre se encontraba con la mirada de esos ojos grandes y de ese rostro lleno de pecas. Siempre escondida entre la gente, siempre con esa expresión de chica perdida pero también necesitada de algo más.

Pero claro, siempre profesional y distante, Marcos sólo hablaba con los estudiantes en términos académicos, ni más ni menos.

... Aunque internamente quería una oportunidad para saber más de ella. Y la vida sí se lo daría.

## IV

Después de tanto trabajo, clases, evaluaciones, preguntas, reuniones y protocolos, Marcos estaba listo para hacer un espectáculo en el Colegio Blanco. Su hogar, su lugar seguro, su refugio.

Avisó con tiempo que haría una presentación, de hecho, tenía un repertorio interesante que quería utilizar. Sólo tenía la esperanza de encontrar a alguien que hiciera clic con él, que comprendiera todo con tan solo una mirada.

Se preparó para la presentación de ese mes con sumo cuidado. Una camisa blanca, perfectamente planchada. Pantalones en el mismo tono y con el calce perfecto al cuerpo. Como solía hacer en esas ocasiones, se peinó hacia atrás y fue en ese momento en donde se dio cuenta que tenía unas cuantas canas, ya no era el mismo chaval que había entrado al Colegio Blanco. Habían cambiado tantas cosas en el transcurso de los años.

Se acercó un poco más hacia el espejo del baño y se miró con cuidado, terminó de arreglarse y se echó para atrás para buscar las cosas que necesitaría para la presentación, así que tomó un bolso con unas cuerdas de cáñamo que recién había comprado, otras cuerdas de colores y una mordaza de bola que había reservado para ese momento, aunque no sabía muy bien la razón.

Volvió a cerrar el bolso y se lo tomó para salir. Se echó para atrás y se aseguró que no se le hubiera olvidado nada. Apagó las luces y cerró la puerta tras sí.

Marcos salió de su piso con toda la tranquilidad del mundo, fue hacia el elevador y llegó hasta el sótano para caminar hasta su Camaro del 79. Un coche de color negro y de aspecto retro que cuidaba con tanta devoción.

Abrió una de las puertas traseras y luego subió para encender el coche. Algo le dijo que la noche sería más interesante de lo que solía ser.

Se enrumbó y mientras manejaba no dejaba de pensar en esa chica constantemente. En ese cabello, en las ondas, en el brillo de los ojos inocentes, en la blancura de su piel, en la actitud dulce que exudaba. Le resultaba un misterio por entero.

Tras un recorrido regular, Marcos pudo llegar al fin al Colegio Blanco. La

presentación sería en el mismo lugar que había visitado desde hacía tiempo, por lo que se sintió casi como en casa.

Aparcó el coche más o menos cerca y se bajó de él para caminar hacia la puerta principal. Se quedó bajo la luz blanca y tocó un par de veces en la puerta, lo recibieron con una sonrisa y después de saludar con rapidez, fue a terminar de arreglarse.

Fue directo a un pequeño cuartito y tomó una lata chata que contenía tintura negra. Se la aplicó en el área de los ojos y la sien. De inmediato, sus ojos azules resaltaron como dos grandes focos de luz. Se veían más vivos que nunca.

Le tocaron la puerta para avisarle que el escenario ya estaba listo. El Dominante más querido y conocido en el Colegio Blanco estaba a punto de salir y presentarse ante todos... El "Dios" ya iba a salir al mundo.

Julia estaba en ese club sin saber muy bien cómo comportarse al respecto. Le resultó un poco molesto aquello porque la hacía sentir insegura, pero supuso que todo había sido producto de un momento de incomodidad.

Fue hasta la barra y pidió un tequila. No era una chica asidua al licor pero pensó que un trago de algo fuerte le daría el impulso necesario para sentirse más a gusto. Luego de tomar el contenido del vaso de un solo golpe, el calor de la bebida le recorrió por el cuerpo, sintiéndose casi con energía.

Fue hacia el centro de ese club, había un escenario que estaba dispuesto y no entendió la razón, en su mente se le presentaron un sinfín de ideas, pero no pudo pensar más porque las luces tenues se apagaron y el público pareció que había entrado en una especie de trance.

Julia se echó un poco para atrás mientras trataba de entender lo que estaba pasando. En eso, se encendió una luz que emanaba del techo, una de color blanco y que dibujaba un círculo perfecto en el suelo de madera.

En ese momento, ella también se dio cuenta que acababan de colocar una silla. ¿Cuál sería su función? No lo tenía claro.

Segundos después, se escuchó el sonido de unos pasos lentos. Julia trató de encontrar la fuente pero no pudo, se le hizo imposible. En ese momento, notó el rostro de los presentes y concluyó que quizás se trataba de una persona conocida en el círculo.

Fijó la mirada hacia un punto del escenario y sus ojos se abrieron de par en par. Reconoció de inmediato a la persona que estaba allí, era Marcos Kiernan, su profesor.

Tuvo que hacer un esfuerzo para reconocer si era realidad o si se trataba

de un sueño. Se pellizó a sí misma para despertar a su mente, para asegurarse que no estaba flotando en sus fantasías.

Sin embargo, la situación fue más real de lo que pudo suponer. Ese hombre alto, de espalda ancha, era Marcos y era increíble.

Le llamó la atención la franja oscura que resaltaba sus ojos, el peinado hacia atrás y su indumentaria completamente blanca. Era como ver un ángel...

En cuanto se colocó en el escenario, hubo una luz que iluminó el rostro de una chica que estaba entre el público. Ya no había ondas, sino el cabello liso y brillante. Sus pecas estaban ligeramente cubiertas pero sus ojos y labios estaban maquillados, Julia, su estudiante, lucía adulta e incluso alta.

Marcos se detuvo en medio del escenario, ese momento le hizo recordar cuando entró al salón de clases y se topó con la mirada de ella. Se veía igual que esa primera vez: delicada, dulce y asustadiza.

Pero ahora el juego era diferente, ¿la razón? Los dos estaban en un contexto completamente diferente, en ese panorama eran dos personas diferentes y las reglas eran otras.

Entonces él acomodó las cosas al lado de esa silla de madera con sumo cuidado. Las cuerdas y la mordaza de bola fueron colocadas en el suelo, a la espera de ser usados con prontitud.

Luego de terminar, Marcos o el “Dios”, dio unos cuantos pasos hacia el frente para acercarse a la gente que estaba allí. Dejó de tontear hasta fue hacia donde estaba ella. De inmediato se dio cuenta que había cobrado una expresión de sorpresa, hasta de miedo.

Le extendió la mano y ella dudó en tomarla. Temblaba y no era para menos, estaba frente a su profesor, pero no encontraba la manera de lidiar con esa situación de la mejor manera.

Algo en su interior le hizo tomar la decisión de aceptar esa invitación a una aventura desconocida y seguramente repleta de perversiones.

Los dos fueron hacia el centro del escenario. Julia miró hacia la gente que la observaba con detenimiento. Marcos la distrajo para tomarla y hacer que se sentara en la silla, ella lo hizo a pesar que el pecho le latía con fuerza descomunal.

Él no le decía nada, sólo la miraba y aquello parecía que alimentaba el suspenso y la tensión del ambiente.

Entonces, Marcos le quitó las sandalias y ella sintió de inmediato el frío del suelo que la hizo estremecer. Pero las cosas no terminarían en ese punto porque “Dios” estaba en un proceso mental especial, único.

Él se acercó a la cuerda de cáñamo y procedió a amarrarla en la silla con lentitud, sobre todo porque se trataba de una chica diferente a las demás, quizás con menos experiencia que el resto.

Primero comenzó con las muñecas y después continuó con los tobillos. Desde ese punto, hizo un patrón de nudos más bien complejos pero no demasiado fuerte, algo ligero porque a pesar que estaban en una sesión, esta no era privada.

Ella se sobresaltaba cada vez, era una situación que se sentía real, mucho más de lo que había imaginado. En ese proceso, Julia también se concentró en el roce de las cuerdas sobre su piel. Se trató de una sensación sumamente sensual, agradable, al punto de ser muy excitante.

Le gustaba en particular cuando él apretaba con un poco de fuerza. Se sentía mucho más intenso y quería aferrarse a esa mezcla de ardor y de dolor que estaba experimentando.

Marcos se echó para atrás para ver los amarres que había realizado, se encontró tan inspirado que también hizo un lindo nudo en la parte de la espalda. Fue más que obvio que él sabía a la perfección cómo hacer shibari, una de sus prácticas favoritas.

Luego, tomó la mordaza de bola y se acercó hasta donde estaba ella, quien no lo dejaba de mirar bajo ningún concepto. Marcos le acarició el rostro y Julia cerró los ojos con el afán de sentir cada roce con entera satisfacción.

Él se acercó hasta la altura del oído, sólo para decirle unas cuantas palabras:

—Sé una buena chica y abre bien la boca.

Esa voz grave y profunda la hizo estremecer por completo, por lo que ella no tuvo más remedio que acceder a su petición como si fuera algo natural en su cuerpo.

Entonces lo hizo y Marcos acomodó la mordaza de bola en su boca con firmeza y también con fuerza. Julia se sintió impresionada porque prácticamente su boca había quedado completamente indispuesta a hacer algún sonido.

Julia se encontró inmovilizada y también incapaz de hacer ruido alguno. Estaba limitada a un algo gracias a que se había puesto a merced de él. Lo mejor de todo, es que había leído al respecto tantas veces que pensó que todo sería más bien una fantasía que siempre tendría pero ahora estaba viviéndolo con todo.

Del techo comenzó a descender un gancho de metal brillante y macizo. El

plan de Marcos era exhibir el trabajo que había realizado con las cuerdas. Desde la espalda, hasta los brazos y también en los tobillos y piernas. El trabajo era considerado sublime y espléndido. A pesar de incitar a otros para imitar, resultó imposible porque eran modelos únicos e intrincados.

El gancho quedó a suficiente altura para que él pudiera tomar los amarres de la espalda y así suspenderla por los aires. Julia abrió los ojos, asustada pero luego recordó que su fantasía era esa y él estaba allí, cumpliéndosela de cabo a rabo.

Marcos encajó las piezas y ella comenzó a ascender lentamente hasta cierta distancia sobre el suelo. Julia había sido utilizada como una muestra para un grupo de personas, se había convertido en una especie de muñeca de trapo a merced de ese hombre de ojos fríos y penetrantes.

La gente quedó ahogada por una expresión de sorpresa y luego la chica comenzó a descender hasta quedar de nuevo sobre la silla. “Dios” se quedó de pie junto a ella y luego le tomó el cuello con fuerza, la miró a los ojos y sentenció su destino con la siguiente frase:

—De ahora en adelante, eres mía.

Julia sintió una especie de frío en el estómago y sólo logró asentir lentamente. De hecho, sintió que estaba destinada a vivir ese momento, su vida se resumió en ese instante y fue feliz porque por fin encontró el sentido de su existencia.

Las luces se apagaron y las manos de él fueron hacia los amarres para quitárselos con rapidez. Lo mismo pasó con la mordaza de bola. Todo, absolutamente todo fue desecho en cuestión de segundos y sin ningún problema.

En poco tiempo, ella se levantó de la silla con la asistencia de él y ambos salieron del escenario para dirigirse a una parte un poco más tranquila. Después de ese show corto pero intenso, las cosas volvieron a la normalidad en el Colegio Blanco. La gente ya estaba hablando y conversando entre sí, por supuesto, comentando lo buen Dominante que era él y la química que se había producido entre él y la chica desconocida.

Julia tuvo ganas de hablar con él, pero Marcos se desapareció entre las sombras, dejándola sola y con un montón de preguntas. Ella quería saber más sobre lo que acababa de pasar, se preguntó si ambos se volverían a ver en ese mismo plano.

Ella se sintió más confundida que nunca y no supo qué hacer, ahora tendría que regresar con la cabeza hecha un caos... Aunque se trataba de uno muy

hermoso y sublime.

## V

Julia no tendría clases con Marcos sino dentro de unos días porque había llegado una notificación por parte de la escuela, que indicaba que el profesor Kiernan se ausentaría por cuestiones de trabajo.

De esa manera, ella pasó el resto de la semana con la ansiedad a flor de piel, preguntándose cuándo lo tendría frente a ella, cuándo sería capaz de hacerle preguntas... Pero no lo tenía claro. De resto, no le quedó opción que entregarse a los libros y las clases.

Cada vez que estaba sola, le parecía raro que hacía poco estuvo en un club de BDSM convertida en una muñeca de exhibición ante un montón de desconocidos. Bastaba con cerrar los ojos y recordar el instante en que él la miró con esos ojos y ese rostro duro, severo.

De cierta manera sintió alivio al terminar la semana porque así tendría tiempo para pensar en lo que le había pasado, sin embargo, sucedió un imprevisto y tuvo que ir a la universidad un sábado en la mañana.

Estaba particularmente malhumorada porque aprovechaba esos días para descansar un poco más y también para ayudar a su madre en sus quehaceres de la tienda. Pero bien, le tocaba ir y saber qué había sucedido.

En el trayecto, tuvo la sensación de que algo iba a suceder. No tenía la más mínima idea, pero era algo que estaba produciéndole muchos nervios, como si no pudiera controlarse.

Llegó finalmente y fue directamente a control de estudios en donde le dijeron que tenía una discrepancia con una materia.

—Quédese aquí un momento para que podamos analizar el caso con tranquilidad, ¿vale?

—Vale.

Julia se sentó en una especie de sala de espera, sorprendida de que la hicieran perder el tiempo de esa manera, sobre todo, a sabiendas de que ese problema podría resolverse de manera más rápida o en un día de la semana. Pero así eran las cosas, ese exceso de burocracia que le resultaba tan molesto.

Estaba allí, planificando el día cuando escuchó unos pasos. No les prestó atención porque estaba leyendo un libro y la verdad era que se encontraba bien



entretenida con este.

Marcos la miró desde la distancia. Tenía un par de jeans que le quedaban anchos, una camiseta ajustada y zapatillas deportivas. El cabello estaba sujetado en un moño alto y la cara estaba hundida en las páginas que tenía delante de ella. Parecía que nada en el mundo la podría sacar de ese humor de concentración.

—Buenos días. —Dijo Marcos con tono neutro.

Julia alzó la mirada lentamente, como en cámara lenta. Al encontrarse con los ojos de él, no pudo evitar sobresaltarse en la silla. Se sintió impresionada y ahí mismo comenzó a temblar.

—¿Qué haces por aquí? Es raro ver a estudiantes un sábado en la mañana. —Marcos volvió a preguntar con toda la naturalidad del mundo.

Ella tartamudeó un poco, se sintió intimidada y buscó la manera de escapar, pero luego de darse cuenta de que era imposible, que estaba en esa situación y que tenía que seguir con ella, miró a Marcos y trató de mantener la calma aunque fue obvio que estaba haciendo un esfuerzo sobrenatural.

—Ehm, me dijeron que tengo un problema con control de estudios, tiene que ver con una o unas materias. Supongo que es un error del sistema. Tengo que esperar a ver qué me dicen.

Marcos se quedó callado, mirándola, observándola con detenimiento. Hizo una sonrisa y se acercó más. Notó que ella estaba nerviosa.

—¿Cuánto tiempo te quedarás por aquí? Yo tengo que resolver unos asuntos, pero si estás libre, ¿te gustaría tomar un café conmigo? Puede ser aquí mismo, en la cafetería que hay aquí... O en una que no está muy lejos y que me parece que sería un buen lugar para hablar al respecto. ¿Qué te parece?

Sus ojos azules brillaban con intensidad y Julia se sentía que estaba al borde de un abismo. Incapaz de negarse porque estaba como hipnotizada por esa voz, por esa mirada intensa.

—Está bien... No sé cuánto tiempo me tarde, pero...

—No te preocupes, soy paciente. Mucho, la verdad.

Julia trató de descifrar en qué sentido él le había dicho esas palabras, pero en cualquier caso estaba emocionada por tener tiempo a solas con él. Quería saber más de él y saber lo que sucedió en el Colegio Blanco.

Después de hablar, él se fue a uno de los pasillos con tranquilidad, mientras que Julia tenía un desastre interior. No sabía cómo lidiar con esas emociones. A pesar de haber tenido alguno y otro pretendiente, ninguno le pareció interesante, nadie le despertó ese nerviosismo extremo, nadie hasta

que se topó con él.

Por un lado, deseaba que las cosas no se resolvieran, sino que ella se quedara ahí por más tiempo y así podría escapar de él. Pero, por otro, no paraba de pensar que estaba frente una oportunidad de oro, que ese era el momento que tenía que aprovechar para hacer un montón de preguntas que había macerado su mente desde ese día en el Colegio Blanco. Se encontraba en una importante disyuntiva.

La llamaron en medio de sus pensamientos y entró en una oficina a hablar con una secretaria. Prestaba atención aunque su mente estaba en otro lado. Lo cierto fue que su presencia allí, en pocas palabras, fue para verificar cierta información y nada más. Así que ese sábado pudo haberse levantado más tarde y estar con su mamá, aunque era claro que lo mejor del día fue encontrarse con Marcos.

Salió de allí y ahí estaba él, vestido con un suéter de punto negro, jeans oscuros y un par de zapatillas Nike modelo retro. El mismo bolso de cuero que tenía en un hombro y el rostro despejado y tranquilo.

—¿Pudiste desocuparte? —Preguntó con una sensual sonrisa.

—Sí, ya todo está listo.

—Bien, muy bien. Ahora, la pregunta verdaderamente importante. ¿En dónde te gustaría tomar ese café? ¿Aquí o en el lugar en donde te comenté?

Ella tragó fuerte puesto que se sentía un poco presionada por la cuestión de tomar una decisión en poco tiempo. Eso le hacía temblar un poco, en pensar demás. Quería estar con él, quería ahondar en sus pensamientos, conocerlo mejor, pero estaba clara que no sería de la mejor manera si lo hacían rodeados de gente. Entonces, luego de descartar esa opción, alzó la mirada para demostrar que ya se había inclinado hacia el otro lugar.

—¿Qué tal el sitio que me recomendó? Parece bueno según lo que describió un poco.

—Estupendo, de verdad que sí. Allí estaremos tranquilos y apuesto que no nos interrumpirán por cuestiones tontas y sin sentido. Así que ven conmigo, iremos en mi coche. Por suerte no está muy lejos de aquí.

Ni en un millón de años, Julia pensó que se encontraría en una situación como esa. Nunca pensó que recibiría la invitación de un hombre tan atractivo, tan guapo, tan increíble.

Caminó junto a él, un poco cabizbaja y tímida. Trataba de ir a su paso pero se quedaba corta porque prefería quedarse tras él, mirarlo caminar desde atrás. Lo hacía para asegurarse que todo lo que estaba pasando era verdad y

no un sueño del cual despertaría de un momento a otro.

En cuanto salieron, se encontraron con un sol brillante y el cielo despejado. Ambos pasaron por varias hileras de coches hasta que se encontraron con el flamante Camaro del 79.

Él hizo el gesto de ayudarla a subir, mientras Julia no perdió la oportunidad de observar cada detalle que rodeaba a ese coche. La finura de los detalles, la elegancia de la forma, la elegancia de todo lo demás. Eran cosas que también se extendían a su propia personalidad.

De hecho, disfrutaba el silencio que había entre los dos porque le daba oportunidad de mirarlo de reojo, de admirarlo desde la distancia. Hacía lo mismo cuando estaban en clase. Recordó las veces en que vestía elegante y de manera impecable. Todos los detalles siempre cuidados y pulidos.

Ella se quedó en el asiento y con el pecho latiéndole a mil por hora. Estaba ansiosa por ese encuentro que parecía sería más interesante de lo que ya prometía.

—Bueno, espero que te guste el lugar, la verdad. En lo personal, lo encuentro agradable y cómodo, es uno de mis sitios favoritos.

—De seguro será así. Ya lo quiero conocer.

Aparentemente la situación se veía tranquila, pero ambos sabían que eso sólo era el exterior. Los dos estaban exaltados y con el interior en llamas.

Marcos sostuvo el volante con ambas manos y manejó con calma hasta que llegó a una calle que estaba concurrida. Quedaron justo al frente del café.

Los dos se bajaron y fueron al interior. Se trató de un lugar acogedor, de suelo oscuro, mesas y sillas de madera, aparadores iluminados con amplia variedad de bollerías y una máquina que estaba manejada por los empleados y la cual expulsaba grandes cantidades de humo.

Había una cantidad considerable de personas, eso hizo pensar a Julia que se trataba de un sitio popular y eso tenía sentido porque el ambiente era bien agradable.

—A ver, ¿qué te gustaría pedir? —Preguntó Marcos.

—Uhm, creo que optaré por un latte con bastante espuma. Bien, busca un sitio y yo llevaré el café.

Ella asintió y optó por una mesa que estaba junto a la ventana. Desde allí, podía ver la calle y la gente que caminaba. El día realmente estaba radiante y ella se sintió más feliz que nunca.

Él se reunió con ella mientras llevaba consigo el café y un par de galletas de chispas de chocolate. Mientras caminaba hacia la mesa, recordó en la

mirada que Julia le dio mientras la ataba y la suspendía por los aires, como si fuera un objeto delicado, hermoso.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

—Pues, tenías razón. Es un lugar precioso. Me gusta mucho.

—Y es bien tranquilo. Es perfecto cuando tengo que revisar los exámenes.

—Hizo un guiño y ella sintió que se derretía por dentro. Fue capaz de sentir esa aceleración en cuestión de segundos... No, fragmentos de segundos.

Permanecieron en silencio degustando el café y las galletas, pero Julia no paraba de pensar que estaba pendiente una conversación sumamente necesaria y urgente.

Marcos, en su afán de controlar cada situación, permaneció en silencio sólo con el fin de alimentar el suspenso y los nervios de esa pobre chica. Devoró una galleta y poco después tomó un sorbo de café, la escena parecía sacada de una película que corría en cámara lenta.

Sin embargo, él se dio cuenta que ya había sido demasiado y que le tocaba hablar sobre el tema que estaba más pendiente que nunca.

—¿Cómo llegaste al Colegio Blanco? Porque, según tengo entendido, no suelen ser muy abiertos a nuevos miembros. —Preguntó él con el rostro más incisivo que nunca.

—Pues, por medio de un cuestionario o algo así. Eran un montón de preguntas y lo hice con toda sinceridad. La verdad fue que no pensé que me escogerían. Pero siento feliz de que fuera así.

—¿Cómo te sentiste cuando entraste?

—Me gustó mucho. Al inicio estaba impresionada por todo pero luego sentí que siempre había pertenecido a ese lugar. Fue increíble.

Él se limitó a sonreír y a asentir lentamente. Degustaba el café y las galletas, observaba a su acompañante porque estaba ya detallando cada aspecto con cuidado.

Julia se quedó un poco fría luego de darse cuenta de la manera en cómo él la estaba mirando. Luego de un momento, supo que no tardaría demasiado en hablar sobre ese asunto del que era necesario hablar.

—Supongo que te sorprendiste un poco cuando me viste. La verdad fue que tampoco esperaba verte allí. Imagínate, ¿cuáles serían las probabilidades de que estuviéramos en el mismo sitio, uno que no es para toda la gente? Curioso, ¿no te parece?

—Sí, sin duda. —Respondió ella con un poco de sequedad.

Marcos se acercó un poco más y pudo notar cómo las mejillas de Julia se

encendían cada vez más. Ese espectáculo le pareció enternecedor porque ese sonrojo contrarrestó hermosamente con sus pecas.

—¿Cómo te sentiste cuando te tomé y empecé a hacer todo eso que sé que no has podido olvidar?

Ella sintió una especie de frío en la boca del estómago. Lo tenía más cerca que nunca, sus ojos parecían atravesarla por completo, sus labios, su nariz, el color pálido de su piel. Todo parecía estar a un solo toque, a un pequeño contacto y no sabía qué hacer. Tenía mucho miedo pero también ganas enormes de olvidar lo que había a su alrededor y entregarse por completo.

Entonces, después de unos intensos segundos, se aclaró la garganta y lo miró fijamente. Trataría al menos de demostrar que tenía temple y también cómo responder en ese tipo de circunstancias.

—Nerviosa, muy nerviosa. Verás, yo sé de esto prácticamente por casualidad, pero cuando me topé con esto, supe claramente a lo que pertenecía. No había mentiras, ni tenía que fingir ser algo que no era. Sin embargo, si bien me sentí mejor por todo, sabía muy bien que no sería sencillo encontrar a alguien que me comprendiera. Pasé un tiempo alejada de los chicos, de los noviazgos porque eso no era lo que yo quería para mí. Siempre quise más y por eso me atreví a ir al Colegio Blanco. Estaba ansiosa por experimentar algo que representara un reto para mis sentidos... Y así fue.

Marcos comprendió muchas cosas de lo que ella sentía. El buscar la identidad propia, mucho más allá al margen de lo que la gente puede esperar de uno. Él mismo tuvo que ocultarse hasta que conoció a alguien que le demostró que podía ser tan libre como quisiera, sin que le importara lo demás.

Permaneció callado un momento pero luego se incorporó y la miró de frente.

—Soy una persona que cumple con su palabra, así que cuando te dije que eras mía, así es. Lo fuiste desde que te vi en el primer día de clase en cuanto nos vimos. No hizo falta siquiera que dijéramos algo más porque fue obvio. Mucho más que obvio...

Julia no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. Casi pensó por un instante que estaba en una especie de sueño. Pero no, todo lo que estaba sucediendo era muy real. El pecho comenzó a acelerarse y pensó por un momento que estaba adentrándose en un punto impactante, en una situación fuera de serie y ese temor le despertaba un poco el vértigo.

—No tienes por qué tener miedo porque yo te guiaré. Te lo dije, soy un tío que tiene mucha paciencia y no miento. Sé lo que se tiene que hacer y cómo.

Yo no ando con rodeos ni con niñerías... Creo que eso lo sabes bastante bien.

La piel del cuello se le erizó y ella sintió que el suelo se le movió bajo los pies. No pudo resistirse más ante esa tentación, tenía que entregarse a él sin importar nada más.

—No tengo miedo, sé que estoy contigo.

—Muy bien. En vista de ello, iremos aclarando algunas cosas que serán importantes. Pero lo primero será lo siguiente, me llamarás “Señor”.

## VI

Se quedaron en ese café durante un rato hasta que él tuvo que excusarse por cuestiones de trabajo. Era un hombre ocupado y también tenía que atender otros asuntos pendientes y que no podía dejar de lado.

Él la dejó en su casa como buen chico y le propuso que pasaría por ella más tarde en la noche para que fueran a cenar. A pesar de que ella accedió sin demasiados problemas, de inmediato se puso a pensar en las excusas que le diría a su madre para que no peleara con ella.

Bajó de ese coche con una enorme sonrisa e incapaz de creer en toda la buena suerte que estaba viviendo. El tío más guapo que había conocido, le gustaba y la quería para sí. Su fantasía de muchos años se hizo realidad y estaba más feliz que nunca.

Subió a su casa, saludó a su madre y habló un rato con ella para luego ir a su habitación y soñar despierta con la cita que tendría más tarde. Estaba dispuesta a verse lo más guapa posible para no defraudarlo, ansiaba mucho tenerlo bajo sus pies, deseaba que se muriera por ella tanto como ella por él.

Por otro lado, Marcos tenía el rostro serio como siempre, concentrado en lo suyo, sin que hubiera posibilidad de que algo lo perturbara, pero internamente estaba celebrando el encuentro que tuvo con Julia.

Se dijo una y otra vez que ellos se encontrarían, no lo tenía demasiado claro, pero celebró que por fin se diera de esa manera. Estaba triunfal, victorioso y también con muchos planes en la cabeza. No dejaba de pensar, de maquinar, de planificar situaciones de todo tipo con ella. Esos amarres que le hizo en el club, sólo serían un abreboca de lo que pasaría después.

Tenía pensado llevarla a comer y luego, pues, lo que la química de diera. Aunque estaba muy seguro que las cosas iban a desencadenar una serie de sucesos muy interesantes.

El tiempo trascurrió con rapidez, por lo que los nervios de Julia crecieron cada vez más. Su corazón parecía que estaba a punto de salir de su pecho.

Estaba en su cama, pensando en lo que iba a hacer con él, y escuchó su móvil. Tuvo la sensación de que se trataba de Marcos. En cuanto vio la pantalla, se sintió feliz al darse cuenta que tenía la razón. Se acomodó sobre la

cama y se dispuso a leer con calma.

—“Estoy ansioso por verte esta noche. Quiero llevarte a un restaurante que me gusta mucho, así que me gustaría verte con un vestido negro, ya que ese es mi color favorito. Te avisaré cuando esté cerca para que me esperes. Ya quiero verte”.

Ella no paró de suspirar luego de leer la última frase. Cerró los ojos y un montón de pensamientos se le vinieron encima: ese encuentro que tuvo en ese café agradable, el instante en donde él la miró fijamente en el Colegio Blanco. Se concentró tanto en ese momento que casi experimentó el roce de la cuerda sobre su cuerpo, la presión en el cuerpo, los ojos de él que recorrían su cuerpo. No pudo evitar sentirse elevada, emocionada. Se quedó en su cama, pensando en él, en lo próximo que harían juntos.

Acordaron una hora, poco después ella comenzó a alistarse para una cita que le causaba tanto entusiasmo.

Pensó en esas salidas que tuvo con otros chicos, en los momentos en los que pensó que estaba aburrida y que deseó salir corriendo a toda velocidad. Pensó que no tendría más opción que resignarse a esos momentos clichés.

Pero ahora la vida le preparó algo completamente diferente. Su profesor, el profesor que tantas fantasías le había despertado estaba a punto de pasar por ella y tener una cena. Mejor imposible.

Después de una larga ducha, salió y fue hacia su habitación. Cerró la puerta y dejó caer la toalla y se paseó desnuda en ese espacio. Sonreía sin parar y luego fue hacia el clóset para escoger el vestido perfecto.

Aunque no tenía demasiada indumentaria para lugares elegantes, especialmente porque era una estudiante con el presupuesto destinado a pagar la universidad, libros y litros de café.

Después de pensar varias veces, optó por un vestido negro sencillo que había utilizado para una fiesta familiar. Era sencillo pero lo suficientemente ajustado, lo que mostraba su figura pequeña.

Se colocó y luego buscó las sandalias de la otra vez. Fue hacia la mesa frente al espejo y comenzó a peinarse el cabello. Se dejó las ondas para dar un toque de sensualidad, se maquilló un poco y cuando estuvo lista, se levantó. De nuevo, se enfrentó a su imagen y se sorprendió. Estaba lista para él.

Escuchó de nuevo el móvil y supo que era él. Tomó un pequeño bolso y salió de la habitación y se despidió de su madre. Se detuvo en la puerta y bajó las escaleras con cuidado.

Cuando llegó a la puerta principal vio la imagen del Camaro y por



supuesto, él estaba allí. Marcos estaba recostado en esa superficie brillante, con un pantalón negro, zapatos tipo Oxford y una camisa blanca arremangada en los brazos.

Algunas hebras de cabello le caían cerca de los ojos, por lo que parecía una especie de obra de arte. Ella salió con un poco de timidez para no interrumpirlo, no quiso molestar ese estado de tranquilidad que tenía él.

Apenas escuchó el chirrido de la puerta, Marcos alzó la mirada y ella lo miraba como si fuera echa una tonta. Por supuesto, sonrió en cuanto la vio. Ese vestido negro le lucía su figura. Además, le encantó ver esas ondas que dibujaban su cabello castaño claro.

Lo cierto es que ella se veía diferente a cómo siempre lucía en la universidad. Normalmente siempre estaba en jeans o de manera práctica, pero en ese momento se veía tan diferente, tan bella.

Julia se acercó lentamente y le saludó con la mano, pero Marcos tenía una idea diferente. En cuanto la tuvo a cierta distancia, él se estiró lo suficiente como para tomarla de la cintura. Sus dedos se pasearon por ese espacio estrecho y cálido.

Se quedó allí durante un rato y luego la empujó hacia sí. La tuvo frente a frente, y aprovechó para darle un beso. En ese momento, Julia sintió que el mundo se detuvo de un solo golpe, que los aromas se volvieron más intensos, que había vida alrededor.

Sus labios se sintieron cálidos, su lengua no tardó en aparecer y a comenzar a jugar con la suya. Sus manos han ido a parar para su cintura y caderas, se apretaron más, se sintieron cada vez más.

Luego de un momento, de esa magia que experimentaron, Marcos se separó de ella con lentitud para no romper el ambiente que se había formado entre los dos.

—¿Tienes hambre? Porque yo tengo un apetito voraz. —Dijo él mientras le tomaba el rostro con cierta firmeza.

—Sí, yo también tengo mucha hambre. —Respondió ella aun sintiendo que estaba caminando por las nubes.

Se subieron al coche y ahí mismo comenzó la ruta hacia esa salida que parecía ser prometedora. La noche estaba más espléndida que nunca y también daba la impresión que había vida por todas partes.

Julia olvidó que las cosas cambiaban mucho cuando caía el sol, sobre todo porque su vida se limitaba a las clases o al negocio de su madre. No había nada más que le resultase interesante, pero fue obvio que la situación estaba

tomando una nueva dirección.

Se concentró en la ventana, en las luces de exterior, en la belleza urbana que le rodeaba. Estaba embelesada y también alegre, era una aventura que estaba viviendo en ese momento.

Siguieron por un rato hasta que llegaron al restaurante. Por fuera, se veía bastante elegante, así que Julia sintió una especie de presión al respecto. No quería verse mal y menos junto a él.

Ella salió y poco después Marcos se reunió con ella. Le tomó de la mano y los dos caminaron hacia la puerta. En seguida, el anfitrión los recibió con una enorme sonrisa y los ubicó rápidamente en una mesa más o menos alejada del tumulto de esa noche.

—Por favor, nos trae un poco de vino tinto, el de la mejor reserva que tenga.

—En seguida, señor. —Respondió el anfitrión hasta que se perdió entre las mesas con el pedido que tenía que hacer.

Así pues, Julia y Marcos se quedaron en silencio, experimentando la situación de estar solos, sin que nadie los interrumpiera.

—¿Qué te parece el lugar? —Preguntó Marcos con una sonrisa en los labios.

—Me encanta, no pensé que existiera un lugar así en esa ciudad. Pero bueno, tiene sentido... Es precioso.

—Lo es, y tienes que prepararte porque quiero que sigamos conociendo lugares juntos. Hay mucho por explorar, créeme.

—Estaría más que encantada.

Hubo una pausa que se dio gracias a la llegada del vino sobre la mesa. Fue el momento perfecto para que Marcos pensara con claridad sobre lo que diría a continuación, sobre ese aspecto importante y relacionado a la relación que tendrían.

Él espero con cuidado hasta que el mesero los dejó solos por fin. Ella tomó la copa y ambos hicieron un breve brindis. Mientras Marcos saboreó cada parte de la bebida, su mente iba maquinando lo que tendría que decir.

—Te traje porque quería salir contigo desde hacía tiempo y también porque creo que es necesario que ambos hablemos de un asunto muy importante.

Marcos puso su voz con un tono severo y ella comprendió lo que estaba a punto de suceder.

—Si lograste entrar al Colegio Blanco, asumo entonces que sabes que

existen ciertos aspectos importantes que debemos hablar y que marcarán pauta en cómo se llevará la relación. Es importante que sepas que nada se hará si no quieres pero que también tendrás que sujetarte a mis demandas y a mis deseos. Cuando te dije que eres mía, lo dije en serio. Yo no ando con juegos, Julia y quiero que sepas eso de inmediato.

Ella se quedó en silencio, procesando todo lo que él le había dicho. Mientras lo hizo, sintió que todo lo que había querido vivir por fin se estaba dando. Sus ojos brillaban ante la idea de volver a ser esa especie de muñeca de trapo para él. Sí, lo quería y lo quería todo.

—... Es por eso que me gustaría que aprovechemos la ocasión para que conversemos y aclaremos algunas cosas que me parecen que son importantes. Los límites, lo que quieres hacer, lo que estás dispuesta a entregar.

—Sí, lo sé. He leído de esto varias veces y la verdad es que creo que estoy lista para dar este paso tan importante. Creo que lo supe desde que te conocí y quiero hacerlo. No lo dudo ni lo he dudado en ningún momento. — Respondió ella con verdadero entusiasmo.

Entonces, por parte de Marcos, sólo le bastó tomar un sorbo de vino que había en la copa y esperar a ordenar para comenzar la noche con buen pie.

Después de una cena copiosa y deliciosa, los dos se miraron y se besaron también. Parecían como una pareja cualquiera que no pierde ningún momento en demostrarse su afecto. En cada espacio disponible, lo hacen y lo disfrutan.

Esos besos y esas delicadas caricias en los brazos y rostros, fueron suficientes para que Marcos y Julia se levantaran para irse a seguir con lo demás.

Ella, internamente, estaba nerviosa porque no sabía cómo él se iba a tomar la cuestión de que era virgen. Lo hablaron de manera superficial pero no pareció importarle. De todas maneras, eso también era un obstáculo porque lo imaginaba siempre aguerrido, sensual, aplastante, cuando ella estaba sintiéndose más bien todo lo contrario.

Marcos le abrió la puerta del coche y luego ambos se subieron para ir hacia un destino mucho más interesante. La casa de Marcos.

Julia estuvo por sí con grandes expectativas al respecto. Supuso que sería un lugar elegante y con una decoración sobria. Lo sabía porque lo había detallado en cada aspecto y sintió que estaba más en contacto con sus gustos. Era verlo desde una perspectiva completamente diferente y eso le gustaba.

Marcos se encaminó lo más rápido posible hacia su hogar, lo cual era algo un poco peculiar puesto que solía ser bien estricto con la regla de dejar que

alguien fuera allí. Lo hacía dependiendo de la ocasión pero había excepciones, como el estar con ella, con esa chica que cada vez más le estaba provocando.

Manejó un rato y dobló unas cuantas calles hasta que entraron en una zona residencial que le resultó muy interesante a Julia. Era moderna y repleta de casas y edificios de construcción reciente. Tuvo la sensación de que era un lugar más o menos caro de la ciudad. Incluso, por un instante, sintió como si estuviera en una dimensión diferente.

Finalmente, tras un rato relativamente largo, Marcos desaceleró para descender a una rampa que llevaba a un aparcamiento subterráneo. Las luces blancas y el suelo reluciente sorprendieron a Julia, quien no había visto algo así de impresionante.

Él dobló y finalmente se detuvo frente a un número que hizo que ella concluyera que se trataba del número de piso en el que vivía él.

Los dos bajaron y se dirigieron de inmediato a uno de los elevadores. Marcos sacó una pequeña tarjeta para marcar el piso a llegar. Ella no paraba de detallar cada aspecto en donde estaba.

Marcos estaba divertido con la actitud de su acompañante, la verdad es que le pareció un poco tierno, sobre todo porque se había acostumbrado a esas mujeres fatales dispuestas a darle todo a la primera. Ella, de alguna manera, le recordaba que tenía cierto grado de inocencia y deseó refugiarse en eso así fuera un poco.

Le tomó de la mano para tocársela un poco y luego, poco a poco la trajo para sí. Se quedó un rato en su cintura y luego la besó apasionadamente. Sintió el calor de su aliento, el sabor del vino en los labios y el nerviosismo que parecía recorrer su cuerpo como si fuera una especie de electricidad.

Se escuchó un ligero pitido que indicó que ya habían llegado a su destino, él se apresuró en salir y en ayudarla a hacer lo propio, seguía tomándola de la mano y procuró seguir así hasta que Marcos sacó sus llaves y la puerta finalmente cedió ante los dos.

Todo estaba oscuro pero Julia pudo divisar un poco el aspecto general de ese lugar. Ciertamente, tenía razón. Se trataba de un lugar decorado con buen gusto: paredes blancas, despejadas aunque en algunas habían cuadros de escenas de películas o de portadas de discos. Había una gran biblioteca con variedad de libros y también algunos objetos, quizás recuerdos de viajes.

Muebles de cuero, otros de madera, una cocina cerrada, limpia y organizada. Se trató de un lugar muy diferente a su casa y eso le pareció interesante.

Pero ella no estaba allí para analizar la decoración del lugar, más bien pensó que estaba haciendo uso de eso para no enfrentarse de una vez lo que estaba a punto de suceder.

Marcos alimentó un poco el suspenso hasta que la volvió a tomar pero esta vez con un poco más de agresividad que las veces anteriores. Julia alzó los brazos para rodear los hombros de él. De inmediato, sintió la dureza de sus músculos y la rigidez de ese cuerpo sensual.

Los labios de él se sentían cada vez más agradables, más deliciosos e intensos. En ese momento experimentó como su vientre comenzó a palpitar con fuerza, con intensidad. Su coño estaba ansioso por experimentar la realización del sexo y estaba preparada para ello.

Todas esas veces en donde se encerró en su habitación para masturbarse, para tocarse con brío mientras fantaseaba con la idea de que era poseída por la pasión de un hombre delicioso y exquisito. Ese hombre era Marcos, sin duda alguna.

Él no tardó demasiado tiempo en alzarla entre sus brazos y llevársela consigo, así lo hizo.

Caminó un determinado recorrido hasta que llegó a su habitación. Era un espacio grande y bastante amplio. La dejó entonces sobre la cama y sin decirle ni media palabra, se dedicó a quitarle la ropa con lentitud.

Supo que no podía ser demasiado intenso con ella, que tenía que darle espacio suficiente para que se acostumbrara a sus tratos y caricias. Mientras tanto, Julia estaba sobresaltada y emocionada, de a ratos se sentía un poco torpe pero luego hacía el esfuerzo por convencerse a sí misma de que tenía que tranquilizarse.

Marcos hizo todo lo posible para que ella se relajara lo suficiente. Sus besos se intercalaban entre lo intenso y lo dulce, sus manos se paseaban por su piel como si fuera jugando con ella. Sí, le quitaba la ropa pero también aprovechaba para tocarla con lujuria y con desenfreno.

Primero cayeron los zapatos sobre el suelo y también ese vestido negro usado para fiestas familiares. Cuando estuvo semidesnuda sobre la cama suave y amplia, ella mantuvo la mirada fija a esos ojos brillantes.

Julia supo que su amante había cambiado drásticamente porque esa intensidad que parecía contenida, estaba a punto de desatarse y estaba lista para ello.

Marcos dejó todo tipo de convencionalismo y se preparó para follarla como un loco. Le quitó las bragas negras y el sujetador que hacía juego

también. Sus pechos pequeños se liberaron y de inmediato él notó los pezones que lucían como hermosos botones de flor.

Su mirada siguió bajando pasando por el abdomen y finalmente hasta ese coño virgen y listo para ser destrozado por él.

Él comenzó a quitarse la ropa casi como esta estuviera quemándole la piel, estaba poseído por una especie de fuerza que no lo dejaba en paz. Luego de un momento, él también se presentó desnudo ante ella. Julia tuvo la oportunidad de verlo en todo su esplendor, la belleza de su torso, de sus piernas gruesas, de la firmeza de sus hombros y, claro, de su verga.

Apenas la vio, Julia puso seriamente en duda si fuera capaz de resistir las embestidas de ese hombre. Pero a pesar de ello, quiso continuar porque estaba desesperada por ello.

Él se inclinó hacia ella y procedió a besarle los pechos con efusividad. Ella le tomó el cabello y sintió cada parte de su boca y su lengua. No dejaba de chuparla, de lamerla. Primero lo hizo con suavidad y luego con un poco de agresividad, incluso, sus dientes apretaron un poco y la hicieron estremecer de inmediato.

Julia estaba adentrándose en una especie de espiral de la que no pudo escapar por más que quiso. Se estaba volviendo una esclava de los estímulos que él le hacía a ella.

En ese instante, Marcos aprovechó esos periodos de emoción de ella para descender cada vez más. Sus labios iban bajando por esa piel suave, por ese cuerpo sensual hasta que por fin quedó de frente con ese hermoso coño que se le presentó como si fuera la cosa más hermosa del mundo. Era un regalo que no estaba dispuesto a dejar de lado.

Hizo que ella abriera las piernas, de esa manera él pudo adentrar su cabeza a ese maravilloso mundo que estaba ansioso por probar. Él esperó un momento, respiró un poco para hacerla estremecer, lográndolo. Así pues, ella suspiró de la emoción y justo en ese momento cuando pensó que todo había pasado, Julia experimentó la lengua de él acariciando sus labios y clítoris.

Para ella no hubo alguna sensación que se le hubiera parecido a eso. No hubo nada en su mente ni en su cuerpo que le resultara remotamente similar. Sintió que el mundo se le abrió en dos, que la vida se le presentó de una manera única y muy diferente.

Una primera lamida y después otra y luego otra... Como si él no le estuviera dando ningún tipo de alivio y eso le resultó estremecedor y sumamente potente. Se encontró en ese punto en donde estaba más y más cerca

de un abismo de placer y lujuria. Como si aquello fuera posible.

Por otro lado, Marcos degustaba cada vez más el cuerpo y la piel de esa chica. Le encantó el sabor dulce de sus carnes y eso sólo sirvió para que él se emocionara más en sentirla como deseaba desde hacía tiempo.

Siguió lamiéndola hasta que la lengua se le cansó y hasta que su mente le dijo a gritos que era hora de ir un poco más allá. Entonces se incorporó sobre la cama y la observó un rato, estaba echa un mar de gemidos y de jadeos, con la cara encendida y con los ojos fijos en él.

Marcos supo que ese era el momento para penetrarla y para adueñarse de esa virginidad que tanto morbo le despertaba.

Siguió sosteniéndola desde la piernas y se afincó con mucha más fuerza, Julia estaba preparada para recibirlo aunque la verdad fue que estaba más emocionada que nunca.

Su coño estaba empapado y tan caliente que sintió que ella iba a convertirse en fuego puro. Por supuesto, se detuvo a sentir cada parte porque no quería perderse de ningún detalle. Se le hizo obvio que cada vez que le gustaba más y más.

Acomodó su pelvis para acoplarla con la de ella y que encajaran a la perfección y sintió de nuevo el nerviosismo de Julia que parecía recorrerle el cuerpo. Aprovechó el momento para acercarse y para decirle que todo estaba bien, que estaba protegida y que continuaría siempre y cuando ella quisiera.

Julia suspiró con tranquilidad y se preparó para tener esa verga dentro de su cuerpo, sintió un nervio que le recorrió la espalda, era el aviso de lo que inminente se iba a manifestar en cualquier momento.

Entonces Marcos se acomodó más y más hasta que asomó el glande en el coño de ella, de manera que pudiera sentir ese toque de calor. Esa especie de corriente eléctrica volvió a recorrerle el cuerpo y fue allí cuando descubrió una nueva faceta que pensó que no se toparía.

Primero, sintió la presión por parte de la verga de él, esa misma que se iba encargando de romperla de atravesarla por completo, de hacerla sentir más y más calor.

Sufrió un poco y luego volvía a sentir placer gracias al roce de sus carnes y también por los besos y las caricias que él le daba mientras estaban juntos. Marcos se encargó de tratarla tan bien como pudo. La hizo sentir importante y también protegida, eso era lo que ella tanto había anhelado.

Empujó cada vez más y más ante los ruidos y los gemidos de ella, ante la desesperación de su carne y ante la necesidad de explorar cada vez más.

Los brazos de Marcos se afincaron más sobre la cama y ella sintió que eso apenas era el comienzo. Respiraba y trataba de relajarse lo más que podía porque aún sentía un poco de dolor pero no le preocupó porque sabía que eso daría paso a algo más intenso y delicioso.

Marcos esperó un momento y luego siguió con el ritmo que había dejado pendiente luego de un instante de paralización. Comenzó de nuevo el roce porque era algo que su cuerpo también pedía con locura.

A raíz de ese movimiento, ella se volvió más ansiosa y desesperada por más verga. Ese contacto pareció que fue suficiente como para que deseara cada vez más. Algo en ella cambió en el instante en que perdió su virginidad, en ese momento en el que ya no sería la misma jovencita tímida. Sus deseos y fantasías por fin se convirtieron en una sola entidad.

Su perversión y sus ganas de explorar su sexualidad se unieron entre sí gracias a ese hombre que le daba una enorme libertad. Cada vez que estaba dentro de ella, le demostraba que podía abrirse paso a esa sensación cada vez más gloriosa.

Marcos entendió que su amante se había transformado por completo, así que no hubo marcha atrás. Siguió moviéndose, provocándola, llevándola hacia la desesperación y hasta la locura de la lujuria. Quería más de su carne y se lo haría saber a como diera lugar.

Se afincó más y más a su cuerpo hasta que notó que ella no paraba de gritar, ni de gemir. Sí, era delicioso y él también experimentó esas ganas de ir más y más lejos.

Estiró las manos y con una la tomó del cuello y con la otra se encargó de apretarle más la cintura, como si la vida se le fuera en ello. Julia olvidó la dureza de esos tratos porque se encontraba en otra especie de dimensión.

Sus movimientos se intercambiaban entre halarle el cabello, en tomarle alguna parte de su cuerpo como le diera la gana y también se vio en la necesidad de decirle algo mucho más contundente, algo que le recordara a ella que él era su único dueño.

—Eres mía. Cada gemido, cada jadeo sólo es mío y para mí. Espero que no lo olvides.

Ella se derritió con esas palabras, perdió la noción de sí misma y que deseó más que nunca que eso no se terminara. Por supuesto que era él y por supuesto que le pertenecía... Fue así desde siempre, desde el momento en que ambos se miraron por primera vez.

Siguió follándola, abriéndose paso en su carne hasta que ella experimentó



la llegada de algo inminente y poderoso, de algo que la estremeció por completo y que la llevó a desconocerse... El orgasmo. Esto se dio gracias a él, a esa manera impresionante de tocarla y de poseerla.

Sujetó las sábanas con ambas manos porque recordó que debía aguantar un poco, tenía que soportar las embestidas y esperar a que su Amo le ordenara cuál era el mejor momento para que explotara por completo.

Marcos la observó detenidamente y se dio cuenta que estaba adoptando ese comportamiento completo de sumisión. Sonrió para sí mismo y se preparó para acercarse a ella, lentamente y decirle que era momento de explotar.

—Tienes que hacerlo por mí, pequeña ramera. Hazlo. Hazlo.

Ella por fin recibió la orden y supo que se sentiría aliviada después de soltar todo eso que tenía dentro. Entonces, se dio permiso de gritar con todas sus fuerzas y él, aún dentro de ella, escuchó cada parte.

Después de un rato, ella se relajó un poco pero supo que su deber no había terminado. Tenía que prepararse también para darle placer a él.

Marcos sacó su verga para luego tomar a Julia y hacer que ella se sentara un poco sobre la cama. Estaba aturdida y claramente ida, pero hizo lo posible por tener un poco de cordura y de resistencia porque sabía que no había terminado. Si quería ser la perfecta sumisa, las cosas tendrían que ser así.

A pesar de estar cansada y temblando, ella se acomodó sobre la cama, arrodillándose. Alzó la mirada para ver fijamente a su dueño y luego abrió la boca de par en par porque estaba preparándose para darle placer con sus labios y con su lengua.

Marcos se quedó impresionado, esa chica estaba dispuesta a ir bastante lejos, por lo que estaba dispuesto a probar su resistencia lo más posible. La empujaría hasta los límites más oscuros, haría que ella se colocara en una posición completamente diferente.

Él dejó que ella tomara la iniciativa por completo, así que se preparó para recibir la satisfacción que recibiría a través de su boca.

Al principio, ella lo hizo torpemente pero le dio un poco de tiempo para que tomara más confianza en sí misma. Así lo hizo y sintió cada vez más un placer indescriptible. Sí, era increíble, delicioso y ansiaba más de eso.

A Julia le costó un poco tener todo ese miembro en su boca, eso debido a su grosor y a lo largo, lo que dificultaba un poco el proceso. Pero ella era una chica tenaz y estaba dispuesta a ir tan lejos como fuera posible.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras la verga de él se adentraba cada vez más en su boca. Sintió el calor de su miembro con mayor profundidad y

cuando lo tuvo todo, entero en su cavidad se sintió orgullosa de sí misma porque fue capaz de hacer algo que no había hecho nunca.

Al tenerlo dentro de su boca, se dispuso a mover la lengua en esa cavidad. Marcos no esperó aquello y de inmediato comenzó a gemir prácticamente con locura... A pesar del esfuerzo que había hecho por no hacerlo.

Entonces él le tomó el cabello con fuerza y lo haló un poco para que ella siguiera recordando que era propiedad de él. Ella se ahogó un poco pero después continuó hasta que Marcos no pudo soportarlo más, explotó en la boca de ella con una fuerza impresionante.

El semen comenzó a correr en la boca y también en la garganta de ella. El calor la embargó de inmediato. Por un momento, ella hizo un ligero gesto de arcada, pero lo soportó bien como buena sumisa que se estaba iniciando. Por suerte, siguió allí y tragó todo lo que su Amo le dio de una sola vez. Sintió una satisfacción increíble. Esa era la mujer que realmente era y que siempre había sido.

Al final, Marcos tomó el cuello de ella con firmeza y la miró a los ojos. Se confirmó su unión prácticamente de manera instantánea.

## EPÍLOGO

Después de esa noche en donde Julia perdió todo rastro de inocencia, la relación que se estableció con Marcos fue mucho más intensa de lo que se esperó. Él se encargó de entrenarla, de enseñarle las cosas que debía hacer. Que su principal deber consistía en obedecer sin chistar.

—Quiero que entres a mi clase con este vibrador. Yo sabré cuándo activarlo.

Ella obedeció y tuvo que aprender a reprimir los gemidos de manera magistral. Lo mismo sucedió cuando le pidió que se masturbara en clase. Por un momento pensó que se trataba de un reto imposible estaba tan entregada a él que estaba dispuesta a hacer todo sin que nadie más importara.

Ese día usó una falda y no usaba ropa interior, se sentó en el último puesto del auditorio y esperó un poco según las órdenes de él. Estaba asustada pero emocionada. Su corazón iba a mil por hora.

La situación fue escalando poco a poco, incluso probó el sexo anal con él. Algo que nunca pensó que fuera capaz.

—Espérame con el culo abierto. —Le dijo un día justo después de entregare las llaves de su piso para que esperara por él.

En cuanto llegó, se quitó toda la ropa y se colocó en el suelo en cuatro y dispuesta a dejarse besar y manosear por él. Abrió las nalgas con ambas manos y se quedó allí un largo rato hasta que escuchó su llegada. Fue una de las emociones más intensa que había vivido jamás.

A ella le encantó encontrarse en una situación mental interesante, estaba entregada a él con todas las letras y estaba dispuesta a ir más allá.

Un día, mientras hablaban, él le propuso la idea de que se tatuara su nombre.

—¿Serías capaz?

—Por ti, haría todo lo que quisieras.

Él se sonrió y le insistió con la idea. La verdad fue que no creyó que ella fuera capaz. Entonces, Julia le tomó la mano y lo invitó a un lugar desconocido, fueron a un lugar de la ciudad especializado en tatuajes.

Marcos se quedó callado en todo momento, esperó en silencio y se quedó

impresionado por ver las letras “Sr. M” en el brazo de Julia. Sus ojos se abrieron y justo antes de que la aguja tocara la piel, él la detuvo.

—¿Estás segura?

—Más que nunca. Te dije que por ti era capaz de todo.

Esa fue la prueba para los dos, y sobre todo para ella. La chica callada y tímida, por fin demostró que estaba lista a ser la mejor sumisa del mundo... A ser la mejor para él... Por siempre.

## ***NOTA DE LA AUTORA***

Espero que hayas disfrutado del libro. **MUCHAS GRACIAS** por leerlo. De verdad. Para nosotros es un placer y un orgullo que lo hayas terminado. Para terminar... con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado del libro y llegado hasta aquí, le dediques unos segundos a **dejar una review en Amazon**. Son 15 segundos.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado, ayudarás a que más gente pueda leerlo y disfrutarlo. Los comentarios en Amazon son la mejor y prácticamente la única publicidad que tenemos. Por supuesto, quiero que digas lo que te ha parecido de verdad. Desde el corazón. El público decidirá, con el tiempo, si merece la pena o no. Yo solo sé que seguiremos haciendo todo lo posible por escribir y hacer disfrutar a nuestras lectoras.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o **[haciendo click en este enlace](#)**, podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor. *Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email ([editorial.extasis@gmail.com](mailto:editorial.extasis@gmail.com)) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)*

**[Haz click aquí](#)**

*para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)*

[www.extasiseditorial.com/unete](http://www.extasiseditorial.com/unete)

[www.extasiseditorial.com/audiolibros](http://www.extasiseditorial.com/audiolibros)

[www.extasiseditorial.com/reviewers](http://www.extasiseditorial.com/reviewers)

***¿Quieres seguir leyendo?***

Otras Obras:

**[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)**

*Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario*  
*(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

***Esclava Marcada – Alba Duro***

*Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso*  
*(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)*

***Sumisión Total – Alba Duro***

*10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo*  
*(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)*

## **“Bonus Track”**

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

### **Capítulo 1**

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. *“Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén”*, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. *“¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil,*

*Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.



Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

## **Javier**

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

## **La Mujer Trofeo**

*Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario*

*— Comedia Erótica y Humor —*

*Ah, y...*

*¿Has dejado ya una Review de este libro?*

*Gracias.*